lunes de revolución

director: guillermo cabrera infante,
subdirector: pablo armando fernández,
dirección artística: raúl martínez y miguel cutillas,
número 112, julio 3, 1961.



Ambrose Gwinett Bierce nació en el estado de Ohio, condado de Meiggs, el 24 de junio de 1842; contaba setenta y un años de edad cuando se internó, en noviembre de 1913, en territorio mexicano, donde estuvo por algún tiempo incorporado a las fuerzas de Pancho Villa. A partir de enero del año siguiente ya no se sabe con certeza nada más de él —ni cómo murió, ni cuándo—; existen varias versiones.

Se incorporó Bierce como voluntario, al estallar la Guerra Norteamericana de Secesión, a las fuerzas federalistas, y peleó toda la guerra. Fue licenciado, mediante acta del Congreso de Estados Unidos, con el grado de comandante, con mención especial por servicios distinguidos. Apareció su libro "Tales of Soldiers and Civilians" en 1891, reeditado siete años más tarde, en 1898, bajo un segundo título, mejor conocido, de "In the midst of life". De éste hemos tomado y traducido acaso la más notable de sus poderosísimas creaciones.



ILUSTRACION DE RAFAEL FORNES

JUSTICIA MILITAR en el puente de OWL CREEK

POR AMBROSE BIERCE

Mirando hacia abajo, la rápida corriente a sólo cuatro metros de sus pies, hallábase un hombre sobre el puente de un riachuelo del norte de Alabama. Tenía las manos a la espalda, atadas. Alrededor de su cuello, algo apretada ya, una cuerda. Flojamente, caía la cuerda hasta el nivel de sus rodillas y trepaba después hasta anudarse en un madero sobre su cabeza. Sostenían al hombre y a sus verdugos —dos soldados rasos de las tropas Federales comandados por un sargento que bien pudo en la paz haber sido alguacil— varias tablas dispuestas a lo largo sobre las traviesas del ferrocarril. Y a pocos pasos de este grupo, de pie sobre la misma improvisada plataforma, armado, de completo uniforme, se encontraba un oficial; un capitán. En posición de "alerta", tiesos, rígidos, uno a cada extremo del puente, sostenían dos centinelas sus rifles rectamente hacia arriba; no era menester suyo estar al tanto del asunto que se tramitaba en el puente; era su explícito deber guardar ambas cabezas del camino de tablas que lo atravesaba.

Más allá de uno de los centinelas no había nadie a la vista; se alejaban rectos por cien metros los rieles hacia un boscaje, torcían y se perdían; más lejos, sin lugar a dudas, estaría una avanzada. Pero del otro lado del riachuelo era el terreno abierto, en declive ligero, rematado en su altura por una empalizada de troncos clavados en el suelo, lado con lado, aspillada la empalizada para las bocas de los rifles, almenada para la boca de un solo cañón que dominaba el puente. Encontrábanse los "espectadores" a mitad de camino entre el puente y el fuerte —una única compañía de infantes, formada en línea "en su lugar, descansen", las culatas de los rifles sobre el suelo, las bocas de los rifles descansando sobre el hombro derecho, cruzadas las manos sobre las palancas. En uno de los flancos de la línea, la punta de su espada hincada en el suelo, un teniente, juntas ambas manos sobre el pomo. Ninguno se movía salvo los "actores" sobre el puente. Miraban inmóviles el puente los infantes. Inmóviles, cual estatuas de ornamento de ambas cabezas del puente, los centinelas. En el centro del puente observaba el capitán, con los brazos cruzados, en silencio, el trajinar de sus subordinados; tampoco se movía. Potentado es la muerte que al llegar anunciado ha de ser recibido con respeto, aún por aquellos que bien le conocen. Inmovilidad y silencio son, en la etiqueta militar, señales de respeto.

Tendría aquel hombre cuya ocupación consistía por el momento en tener que ser ahorcado, unos treinta y tantos años. Era, a juzgar por sus ropas de acomodado propietario rural, un civil. Buena cara la suya —nariz recta, boca firme, ancha la frente de que brotaba, peinado recto hacia atrás, el negro y largo pelo hasta dar con las orejas y caer sobre el alzacuello de su ceñida casaca. Gastaba bigotes y barba de punta, no tenía patillas; grandes eran, y grisáceos, sus ojos, que expresaban bondad cual no espera uno ver en quien la soga tiene al cuello. No era, evidentemente, un malhechor cualquiera. Siendo el código militar, sin embargo, de espíritu liberal, provee ampliamente: no contiene regla alguna que excluya a los caballeros.

Una vez completados los preparativos echáronse a un lado ambos soldados y retiró cada uno la madera que le sirvió de apoyo. Se cuadró el sargento ante el capitán, lo saludó y caminó a su alrededor hasta situársele detrás. Dio el capitán ahora también un paso a un lado. Reo y sargento quedaron así uno y otro a cada extremo de una y la misma tabla, extendida sobre tres de las traviesas, de pie el reo sobre el extremo que llegaba casi hasta la cuarta. Había el peso del capitán mantenido el equilibrio; manteníalo ahora el peso del sargento. Daría la señal el capitán, daría un paso hacia un lado el sargento, caería por entre dos de las traviesas el condenado, a quien, por otra parte, se le antojaba sencillo y eficaz el procedimiento. Dirigió la vista hacia abajo un momento, sobre su incierta base de sustentación, dejó después la mirada vagar hasta las aguas del rugiente torbellino, aún más abajo. Se posaron sus ojos sobre un madero que flotaba. ¡Qué lento, qué despacio! ¡Qué lenta la corriente!

Cerró los ojos para concentrar su pensamiento en su esposa, en sus hijos. La corriente del río... tocada de oro por el sol mañanero... la niebla ya clareando... el fuerte... los soldados... el madero flotante... en todo esto había estado su atención embargada. Y ahora, por entre el recordar puesto en sus hijos, en su mujer, sin que pudiera erradicarlo y sin saber lo que era, llegaba a sus oídos un sonido cortante, neto, de percusión metálico, como de martillo sobre yunque. Le intrigó qué sería, y si cercano o lejanísimo —ambas cosas parecía. Monótono y regular, lento como toque de difuntos. Y esperó y estuvo atento, impacientemente, a cada golpe sucesivo de aquel ruido, y —sin saber por qué— aprensivamente. Y más largos se hicieron los silencios entre golpe y golpe, entre un sonido y otro, e intolerable cada mayor demora. Más lento cada golpear, pero más fuerte y más hiriente. Dolían ya en sus oídos como puñaladas, y temió gritar. Era, lo que oía el condenado, el tictac de su reloj.

Abrió los ojos para mirar de nuevo la corriente. "Si me zafo las manos", pensó, "me quitaré también la soga, y saltaré. Escaparé, nadando bajo el agua, a los tiros, hasta llegar nadando hasta la orilla, y hasta casa, corriendo, por el bosque A casa no han llegado todavía, gracias a Dios. Salvos aún mi mujer y mis muchachos. El enemigo aún no ha llegado a casa".

Y mientras que estos pensamientos, aquí vertidos en palabras, surgían más bien que se formaban en su mente, dio el capitán la señal. Y dió el sargento un paso a un lado.

— II —

Procedía Peyton Farquhar, acomodado propietario de una plantación algodonera, de una antigua y respetable familia de Alabama. Propietario de esclavos y político, como todo esclavista, era por naturaleza un secesionista convencido, partidario ardiente de la causa del Sur. Circunstancias que no es del caso relatar aquí le habían impedido sumarse a aquel valiente ejército cuyas desastrosas campañas habrían de culminar en la caída de Corinth; forzado a la inacción, impacientábase porque el momento le llegara de desplegar sus energías, de gustar la vida aventurada del soldado, de pelear y distinguirse. Que ya habría de llegarle, sin lugar a dudas, como a todos les llega, en los tiempos de guerra, la ocasión. Y hacia Farquhar, en el entre tanto, todo cuanto podía. Servicio que prestar a la causa del Sur no lo había demasiado minúsculo para él, aventura que correr no la había demasiado peligrosa, siempre que servicio y aventura se avinieran al carácter de un civil que era por dentro un soldado, y un soldado que, con perfecta buena fe y sin muchos reparos, daba su asentimiento, por los menos en parte, a la conseja infame de que "ya en la guerra, ya en amor, nada hay mejor ni peor".

Sentado estaba Farquhar una tarde, con su esposa, a la entrada de su plantación, cuando llegó, jinete, un soldado de los que honraban el uniforme gris. Quería el hombre beber, y fue la propia esposa de Farquhar, ansiosa de servirlo, quien fue a buscar el agua. ¿Qué noticias —ansiaba por su parte saber Farquhar— traíale el hombre del frente?

—Ya los yankis tienen casi completamente reparado el ferrocarril —le informó el soldado— y se aprestan para avanzar de nuevo. Ya está arreglado el puente sobre Owl Creek, y hasta lo han protegido, en la ribera norte, con una empalizada. Y las órdenes son terminantes: civil que se atreva a interferir las obras del ferrocarril, civil que será ahorcado. Orden del mismo comandante.

—¿Y a qué distancia queda el puente?

—¿De aquí? Unas treinta millas.

—¿Pero no han destacado fuerzas de este lado?

—Sólo un piquete de avanzada, a cosa de media milla. Y luego, sobre el puente mismo, un centinela.

—¿Y no pudiera un hombre decidido —un ciudadano interesado en el funcionamiento de la horca— burlar la vigilancia del piquete y la del centinela? —le preguntó Farquhar, sonriendo. ¿Y qué podría hacer ese ciudadano, una vez junto al puente?

Reflexionó el soldado unos instantes.

—Por allí anduve yo hace cosa de un mes —le replicó. La crecida del invierno pasado arrimó muchos troncos al andamiaje de este lado, que ya están secos. Arderían como yesca.

Regresó la señora con el agua y la bebió el soldado. Dio luego las gracias a la señora dama, con toda ceremonia, y se inclinó ante Farquhar. Y partió. Casi una hora después, caída la noche, cabalgó de regreso, rumbo al norte, de donde había venido—: un explorador era, de las fuerzas Federales.

— III —

Al desplomarse Farquhar entre dos de las traviesas, puente abajo, perdió el sentido de inmediato —fue cual si ya estuviera muerto. Lo sacó de ese estado —siglos después, o tal le pareció— el dolor de una fortísima presión sobre su garganta, seguido por una sensación de ahogo. Afiladas, punzantes agonías parecían irradiar de su cuello hacia abajo, buscando cada fibra de sus extremidades y de su cuerpo todo; pulsaban una tras otra las agonías con una periodicidad increíblemente acelerada, siguiendo todas ellas muy netos, bien definidos cauces: corrientes pulsantes de fuego, regaban por su cuerpo un calor inenfriable. En lo que a su cabeza se refiere, no sentía sino plétora —apretura y congestión. Pero sensaciones eran, tan sólo, huérfanas de percepción; borrada estaba ya la intelectualidad de su naturaleza. Facultad quedábale sólo una, la de sentir, y sentir era padecer. Sensación tenía también de movimiento. Envuelto en un aura luminosa, cuyo quemante núcleo, desprovisto de sustancia material, era él mismo, describió, como péndulo gigantesco, incontables vaivenes de oscilación. Y entonces, de pronto, con una subitaneidad terrible, subió la luz hacia arriba a su alrededor con un ruido de ingente salpicadura; entró por sus oídos un tronar espantoso, y quedó todo oscuro y frío. Y le fue restaurada la facultad de pensar: supo que la cuerda se había roto, y que había caído en la corriente. Cesó el estrangulamiento; el nudo mismo en su garganta, que ya lo sofocaba, impedía que se ahogara tragando agua. ¡Morir ahorcado en el lecho de un río! ¡Ridícula, la idea! Abrió los ojos en la oscuridad y percibió, allá arriba, pero qué distante, cuán inaccesible, un destello de luz! Pero seguía bajando, hundiéndose, puesto que la luz se desvanecía, se desvanecía, hasta quedar tan sólo en una fosforescencia... que comenzó, inmediatamente, a cobrar fuerza. Y supo ahora que subía, volvía a la superficie. Y fue con desgano que lo supo: se sentía ahora tan bien! "Que me ahorquen y que después me ahoguen ¡todavía

se puede tolerar", pensó. "No son cosas tan terribles, después de todo. Pero que ahora me cacen a tiros... ¡eso sí que no! ¡No hay justicia en el mundo, si ahora me dejo cazar a tiros!

No se percató de haber hecho esfuerzo alguno, pero, sin embargo, un dolor en las muñecas le avisó que estaba tratando ahora de zafarse las manos. Y puso toda su atención y todo su interés, pero con el mayor despego, en observar cómo progresaba en la tarea de lograrlo, tal como observaría un desocupado los malabarismos de un juglar. ¡Qué esfuerzo formidable! ¡Cuán sobrehumana fuerza, ¡qué destreza! ¡Vaya! ¡Bien! ¡Formidable! Aflojóse la cuerda, se separaron sus dos brazos y flotaron hacia arriba; ya veía sus manos, en la creciente luminosidad. Las observó con interés cuando una y después la otra saltaron disparadas hacia el nudo en su garganta. De un solo golpe, lo deshicieron. Y de un solo golpe arrojaron la cuerda, que, deshecha, onduló por las aguas como una anguila. ¡Anudádmela! ¡Apretádmela de nuevo! Pensó que había gritado estas palabras a sus manos porque fue el dolor que sintió al aflojarse el nudo el dolor más terrible que hasta entonces sintiera. Le dolía el cuello horriblemente; tenía el cerebro en llamas; su corazón, casi ya de antes desfallecido, quiso salir de pronto afuera por su boca; se estremecía todo su cuerpo, y se convulsionaba, en una angustia horrible. Pero, desobedeciéndolo, continuaron sus manos pulsando hacia abajo en rápidas sacudidas, forzándolo a subir. Sintió salir su cabeza sobre la superficie; cegó sus ojos la luz del sol; se expandió su pecho convulsivamente y, en tormentosa y suprema agonía llenáronsele de aire, de golpe, los pulmones, aire que expulsó afuera instantáneamente con un terrible aullido!

Se encontró ahora en plena posesión de sus facultades, que se le acuciaron y se le alertaron en grado verdaderamente preternatural: refinadas, exaltadas al sumo de los grados —a consecuencia, acaso, de la tortura atroz sobrellevada— le daban ahora cuenta de las cosas como nunca fueron antes percibidas. Sentía tocar sobre su cara cada salpicadura del oleaje, y el ruido de cada una al tocar en su cara. Miró al boscaje, junto a la ribera, y vio cada uno de sus árboles, y cada una de las hojas de los árboles, y cada vena en cada una de las hojas —y vio los insectos posados en las hojas: las cigarras pardas, los moscardones lúcidos, las arañas grises y sus telas, tendidas de rama a rama. Y pudo ver los colores del prisma en el millón de gotas de rocío sobre cada brizna de cada yerbajo. El zumbido de los mosquitos sobre el agua, el batir de las alas de las libélulas, los golpes de remo de las patas de la araña de agua —música audible por doquier. Surcó un pez el agua ante sus ojos y oyó el refluir del agua al abrirle paso.

Había salido a la superficie mirando corriente abajo, más, inmediatamente, pareció todo el mundo visible girar a su alrededor sobre un pivote que era él, y vio el puente, y la empalizada, y los centinelas sobre el puente, y al capitán, y al sargento y los dos soldados rasos, sus verdugos. En silueta los vio, recortados sobre el azul del cielo. Gritaban todos y gesticulaban, señalándolo a él. Tenía el capitán desenfundada su pistola, pero no disparaba. No portaban armas los demás. Grotesca, horriblemente se movían —gigantescas marionetas.

Oyó de pronto una detonación y alguna cosa dio de golpe sobre el agua, a muy corta distancia de su cara, salpicándola. Una segunda detonación, y vio a uno de los centinelas con el rifle al hombro y el humo aún saliendo por la boca del arma. Vio ahora el hombre desde el agua el ojo derecho del centinela mirándolo a él por la mirilla de su rifle, y observó que aquel ojo era gris, y recordó haber leído que son, los de ojos grises, los tiradores más certeros. Pero le había fallado la puntería.

Sorprendió a Farquhar un giro de la corriente que lo viró en redondo; miraba ahora en la otra dirección, de nuevo hacia el boscaje. Y llegó hasta sus oídos, por sus espaldas, una clara y resonante voz, pero en monotemático sonsonete, voz que silenció todo otro sonido, incluso el de las salpicaduras que batía la corriente contra su cara. No era Farquhar soldado, pero conocía lo bastante de los campamentos para reconocer aquel impostado canturreo, deliberadamente arrastrado: era la voz de un teniente, el teniente, a quien ahora tocaba entrar a tomar parte en el juego de la mañana. ¡Qué fríamente, cuán inmisericorde, entonó una tras otra, a intervalos precisos, las frases de la fórmula:

—¡Compañía, atención...! ¡Armas al hombro...! ¡Preparen...! ¡Apunten...! ¡Fuego...!

Se sumergió Farquhar, todo lo más que pudo. Tronaba el agua en sus oídos como la voz de un Niágara, pero oyó, pese a ello, el trueno de la andanada; se tropezó, según volvía a la superficie, con unos brillantes trozos de metal, curiosamente aplastados, que oscilaban lentamente al hundirse en las aguas. Le rozaron algunos en la cara y las manos, pero sólo le rozaron, y siguieron bajando. Uno se le alojó, de tantos, entre ropa y pescuezo, y algo que le molestó, por lo caliente. Lo sacó y lo echó a un lado.

Se dio cuenta, al asomar de nuevo a la superficie, casi ya sin aliento, de que había permanecido mucho tiempo bajo el agua; se encontraba ya mucho más lejos corriente abajo —más próximo a la huida. Habían casi terminado los infantes de recargar sus armas; relucieron las baquetas al sol, todas a la vez, al ser sacadas de los cañones. Tiraron de nuevo ambos centinelas, por separado y mal, sin tocar en el blanco.

Observaba todo esto ahora por sobre un hombro, mientras nadaba veloz, muy velozmente, a favor de la corriente. Desbordante de energía tenía el cerebro, al igual que los brazos y las piernas —pensaba y razonaba rápido como el rayo.

"Ese oficial", se dijo, "no cometerá otra vez tan estúpido error. Igual se evade un solo tiro que toda una andanada. De seguro les tiene ya ordenado que sigan disparando a discreción. ¡Tendrá Dios que ayudarme, para evadirlos todos!"

Seguida por un ruido —un soplido— en fortísimo, después en diminuendo, que pareció rebotar hacia el fuerte, de donde había partido, para apagarse de inmediato con un estampido como de explosión, saltó a dos metros de él, sacudiendo el torrente hasta su mismo lecho, una montaña de agua, que se volcó sobre él, que lo envolvió, que lo cegó y lo estranguló. ¡Era ahora el juego a cañonazos! Sacudió rápidamente la cabeza para escurrirse el agua y oyó el zumbido de la bala que, después del rebote, fue a perderse en el bosque, a rompe y raja entre el ramaje.

"Volverán a dispararlo, pero esta vez con metralla", pensó. "Tengo que vigilarlo, que estar atento al fogonazo, porque la detonación tarda en llegar —llega después que el tiro: un buen cañón".

Se vio de súbito girando, dando vueltas y más vueltas, como un trompo. El riachuelo, las márgenes, el bosque, el puente ahora lejano, la fortificación, los hombres, se fundieron y se mezclaron los unos con los otros; quedaron sólo de los objetos sus colores, en bandas circulares, y era sólo eso y nada más cuanto veía: cogido estaba por un remolino que lo giraba y que lo regiraba hasta el mareo. Y se sintió, instantes después, proyectado sobre una playa de guijarros, en la ribera del riachuelo —en la ribera sur— protegido del fuego de sus enemigos por un saliente de las rocas. El reposo abrupto que así le sobrevino, el desgarrarse de sus manos contra los guijarros, le devolvieron la confianza, y lloró de alegría. Clavó los dedos en la gruesa arena, se la roció a puñados sobre el cuerpo, y la bendijo, de viva voz. Se le antojó que eran diamantes, esmeraldas, rubíes, que era cuanta cosa bella podría él jamás imaginar. Se trocaron los árboles del bosque en gigantescas plantas de cuidado jardín, armoniosa y sabiamente dispuestas según designio y plân, y aspiró la fragancia de sus floraciones; una luz inundaba sus espacios —rosácea, extraña— mientras que entre las ramas hacía sonar el viento música de eólicas arpas ¡Cautivador refugio de reposo! Tan a gusto se sintió que decidió allí mismo rendirse prisionero.

Destruyeron su ensueño el golpetear y el traquetear de un tiro de metralla contra el ramaje, sobre su cabeza: desorientado, habíale disparado el artillero, a la ventura, una carga en despedida. Saltó sobre sus pies, corrió margen arriba y se adentró en el bosque.

Caminó todo el día, fijando su rumbo por el cursar del sol. Era el bosque interminable; nunca dio con un claro ni con sendero alguno de aguada o leñador. Jamás se había percatado de lo inhóspito de aquellas vastedades donde tenía su casa: desconcertante, la revelación.

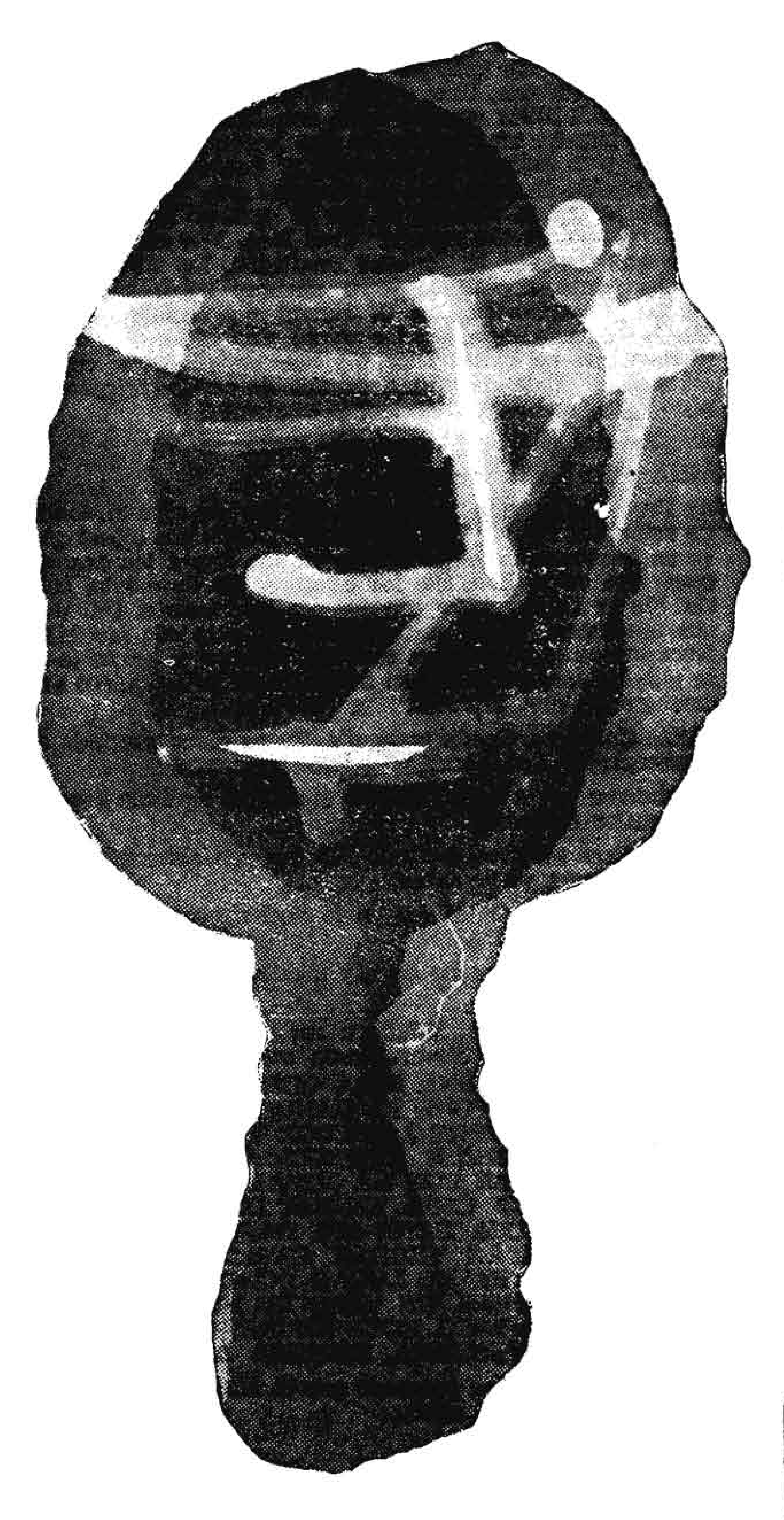
Agotado, famélico, incapaz de dar un solo paso más, le cogió la noche, pero fueron el recuerdo de su esposa y de sus hijos su aguijón y siguió adelante hasta dar, por fin, con el camino. Ancho y recto el camino, como una calle en la ciudad, pero desierto. Ni casas, ni sembrados. Ni siquiera un perro que ladrara. Formaban de ambos lados los troncos del boscaje dos tupidas paredes, rectas, lisas, oscuras, proyectadas hasta un lejano punto del horizonte, como en una lección de perspectiva. Por sobre su cabeza, a través de un claro en el techo del bosque, rutilaban, impávidas, grandes estrellas de oro, formadas en extrañas constelaciones, y presentía, sabía, que encerraban, secreto, un designio maléfico. Poblado estaba el bosque, de ambos lados, de ruidos y secreteo, y una vez —dos, tres veces— captó tenues murmullos en otra lengua que la suya.

Le dolía el pescuezo y conoció, al palparlo, lo horrible de la hinchazón: tendría, seguramente, por todo alrededor, la negra marca de la soga. Tenía los ojos congestionados: imposible cerrarlos. Hinchada por la sed tenía la lengua, ardida en fiebre; la sacó afuera, entre los labios secos, al frescor de la noche. Blanda, muelle, era la fina yerba que alfombraba el camino: ya no sentía bajo sus pies el hollar de sus pisadas.

Pese a sus sufrimientos y agonías se quedó dormido, sin lugar a dudas, mientras caminaba, porque es la escena que ahora encuentra una escena muy otra —quizás todo aquello le acaeció mientras dormía, y justo ahora se despierta de horrible pesadilla. Está junto a la verja de entrada de sus posesiones, y está todo como cuando partiera, bello todo y tranquilo bajo el sol mañanero. De viaje anduvo toda la noche y acaba de llegar. Abre a un lado la verja, y camina delante, hacia su casa, por la recta calzada. Bella, riente, dulcísima, desciende su esposa los escalones del portal, y allí lo aguarda, retratada en su cara su dicha de tenerlo, esculpida en su porte su incomparable gracia y dignidad. ¡Qué hermosa, qué bella es! Abriendo a ella sus brazos, corre Farquhar. Y siente, en el instante mismo de abrazarla, un mazazo contundente en la nuca. Chisporrotea en derredor suyo una enceguecedora luz blanca apareada con un seco estampido como de cañón —y se hace después todo oscuridad... silencio.

Acababa Peyton Farquhar de morir, y su cuerpo, quebrado ya el pescuezo, mecíase lentamente, colgando de la soga, por bajo del maderamen del puente de Owl Creek.

(*Traducción de Jorge Guerra*)



P E R S O N A J E S:
HILARIA
ROSA
CARMELA
CRISTOBAL.

En una casa de un pueblo de campo. Muebles antiguos, en un tiempo se consideraron lujosos, gran espejo vertical con marco de caoba que ha sido barnizado una y otra vez. (Acción 1954).

Rosa mira hacia afuera por la ventana. Ha visto que alguien se acerca y corre hasta la puerta de nuevo. Allí está HILARIA, trae una jaba en la mano en la cual se ven algunas yerbas.

ROSA: Hilaria, por Dios, yo pensé que no venía. Desde que se acabó la novela de las cuatro y media la estoy esperando. Ya iba a salir a buscarla. No dio resultado, el baño no dio resultado. Lo hice como Ud. lo dijo, dos rosas blancas y un jazmín. Las rosas las compré temprano, eran así, tremendas; el jazmín lo conseguí aquí con la vecina. ¡Y nada! Mire la hora que es, ni siquiera ha venido a almorzar. Los niños los vestí temprano y los mandé al parque. Mejor están fuera, mejor están fuera, al sol. Debían salir más, pero yo no puedo, yo no salgo nunca. A él no le gusta, ¿sabe? es celoso. Ud lo sabe. Si me pinto me pregunta, no quiere que me corte el pelo, es celoso y sin embargo, ya ve Ud. Ni siquiera me mira. Anoche llegó, se viró pa su lado y hasta hoy por la mañana. Ni siquiera me mira y cuando me mi-

EL PEINE Y el ESPEJO

POR ABELARDO ESTORINO

José Abelardo Estorino es uno de nuestros jóvenes talentos del teatro. Esta obra se estrenó en Camagüey y luego fue repuesta en la ciudad de La Habana en la "Sala Granma" de Obras Públicas. Su obra "El robo del cochino", que obtuvo una mención en el Concurso de la "Casa de las Américas", se estrenará próximamente en la sala "Hubert de Blanck".

ra, pelea. Por el arroz, que está ensopado, por los muchachos, por el agua caliente. Y le puse las dos flores, las tres, las rosas y el jazmín. Yo digo que si Dios no me habrá abandonado, como no me casé por la iglesia. ¿Usted se casó por la iglesia? Hay gente que no se casa por la iglesia y el marido las atiende y tienen un chorro de hijos. ¿Será eso, Hilaria? Dígame Ud. si...

HILARIA: (LA INTERRUMPE) Estate tranquila. ¿Cuándo te diste el baño?

ROSA: Anoche. El agua había estado con las flores todo el día. Las tres flores.

HILARIA: ¿Sentada?

ROSA: ¿Eh?

HILARIA: ¿Te lo diste sentada?

ROSA: Sí, paso por paso como usted me dijo. Dos rosas y un jazmín.

HILARIA: Hay algo que está oscuro.

ROSA: Es eso, Hilaria, es que no me casé por la iglesia.

HILARIA: No, no. ¿Tú sabes si él toma café por ahí?

ROSA: Sí. Si allá forman la gran recholata. En la casa de ella. El y los amigos y la hermana de ella que es divorciada. Hilaria, ¿usted cree que le han echado algo? ¿Eso es verdad? Ya no hay remedio, yo lo sabía. Son una gentuza, le han echado algo en el café.

HILARIA: Eso lo arreglamos. Hilaria está de tu parte, lo demás no importa. Ya venía preparada. Toma, esto son hojas de caisimón. Consíguete unas flores de sabelección y ponlas todas en el colador de café. (ABRE LA JABA, REGISTRA HASTA EL FONDO, SACA ALGUNAS HOJAS Y SE LAS DA) No muchas, para que no le cambie el gusto. Vamos a ver, tú vas a ver ahora.

ROSA: ¿Usted cree? ¿Usted cree que con esto...?

HILARIA: Y el baño, no dejes de seguir haciéndolo. Lo que pasa es que eso no es así como así.

ROSA: Es que me han dicho que se va. Que él se la va a llevar.

HILARIA: Las ganas que tiene ella.

ROSA: No, no. Es verdad. ¿No ve que el hermano de ella le ha formado la gran pelea? Dicen que los han visto solos, por allá fuera del pueblo. Como los perros, por los caminos. Se la va a llevar, Hilaria.

HILARIA: No seas boba, hija, dale el café. Tú vas a ver.

ROSA: ¿Usted, usted cree?

HILARIA: Estoy segura, eso no puede fallar. ¡Ay! mis riñones. Uno se cansa, ya estoy vieja. Si me hubieras conocido de joven. Mira ahora, uno se cansa. Estoy enferma. Anoche apenas dormí. Con lo mala que está la situación, sin dormir y soñando, ¿a dónde voy a parar? Creo que no voy a poder seguir dando consultas.

ROSA: ¡No!

HILARIA: El cansancio mental es mucho y mal alimentada, ¡claro!

ROSA: Hilaria, mire, yo tenía un dinerito aquí...

HILARIA: No hija, no. Tú sabes bien que yo no cobro. El señor no lo permite, hay que ayudar al necesitado sin ningún interés.

ROSA: No es pagarle, Hilaria. Pero si Ud. me ayuda, ¡vaya! Usted no puede dejar de dar consultas.

HILARIA: ¡Ay!... Si es así... ¡Ah! Y mira, estoy rifando una imagen de la purísima concepción. Mi purísima concepción. Toda hecha con conchas de mar y me la bendijo el cura. (SACA UN PAPEL, LA LISTA DE LOS QUE HAN COGIDO NUMEROS DE LA RIFA) El de aquí no, porque es un poco arisco. Y además "qué va a bendecir ése" Tú sabes...

ROSA: Sí.

HILARIA: La situación está mala. Son cincuenta centavos la papeleta, y yo sola para mantener la casa. El trabajo que pasa una mujer sola.

ROSA: ¿Por qué se fue su marido?

HILARIA: La situación era muy mala. La harina lo aburrió. (TOCANDOSE LAS CADERAS) Con ésto sólo no hacía nada, era mucha la harina. Yo traté de ayudarlo, como podía. Y ya ves.

ROSA: ¿Y las flores? ¿No probó Ud con el baño de las flores?

HILARIA: No... ¡NO! El caso era distinto, muy distinto al tuyo. Además, entonces yo no había desarrollado mis facultades. Tú sabes que eso no se tiene de siempre o que pueden estar... como dormidas, digamos. Fue después que él se fue cuando yo me di cuenta, cuando me quedé sola... Los muchachos eran chiquitos, la situación era pésima, ya te lo dije. Tú serías una niña. En la esquina de la casa había un gallego que tenía una bodega. Me ayudó mucho ese gallego. Una bodega grande, con una trastienda enorme, llena de sacos, de latas, de viendas... Sí... sí. (SE RIE) Anoche soñé con él, sí, era él. Tocaba en una puerta, una puerta de dos hojas, grande, de casa rica, algo le brillaba en la mano. Y había una mujer bonita, vestida de azul. Esa no sé quién era. "Que cosa". Se fue pa su tierra. Cuando se fue el gallego me volví casi loca. "Que situación aquella" Casi loca. Fue entonces, parece que "no sé" la misma confusión, los sufrimientos, mucha gente necesitada y yo siempre había sabido de yerbas y paritorios. Me di cuenta que recibía efluvios. Desde entonces cada vez me siento más segura. ¿Por eso te digo que no falla? Dios me ha ayudado y yo cumplo mi misión. ¡Dale el café! Y cambia de cara. Arréglate un poco. ¿Por qué no te haces el permanente?

ROSA: ¡No, no! A él le gusta el pelo largo.

HILARIA: Pero ésa lo tine corto.

ROSA: Pero ella es una cualquiera. Yo soy su esposa, conmigo están sus hijos. ¿Ella qué tiene? ¿Tiene sus hijos? ¿Vive en la misma casa que él? Se va con él por los caminos como una cualquiera. Por los caminos. Me da miedo, Hilaria. Me da miedo, se va con ella por los caminos. Ud. tiene que ayudarme, yo no quiero quedarme sola con mis hijos. Necesitan un padre, sobre todo los varones, la gente lo dice que los varones necesitan un padre. Y yo no quiero quedarme sola. (LA MIRA).

HILARIA: Como yo. Estate tranquila. Te he dicho que todo está arreglado ¡Ay! Ahora tengo que irme.

ROSA: Mañana voy a verla. Cuando él no esté aquí me llego un momentico a decirle.

HILARIA: Para servirte, en todo lo que sea necesario y sin ningún interés, ya lo sabes.

ROSA: Mañana voy. O tal vez a la noche, cuando Cristóbal salga a jugar dominó.

HILARIA: No, por la noche no voy a estar en la casa. Tengo que salir.

ROSA: Entonces mañana. Salude a las muchachitas, si hago boniatillo les voy a llevar. Hasta mañana.

(HILARIA SE HA IDO. ROSA QUEDA UN MOMENTO EN LA PUERTA, PONE EL GANCHITO Y VA HASTA LA MESA DEL CENTRO, RECOGE LAS YERBAS QUE LE DEJO HILARIA E INSPECCIONANDOLAS, CASI ACARICIANDOLAS CON LA MIRADA VA HACIA EL INTERIOR DE LA CASA. EN ESE INSTANTE ENTRA CARMELA Y ROSA TIENE QUE DARSE PRISA PARA OCULTAR LAS YERBAS. CARMELA DEJA SOBRE LA MESA, EN EL LUGAR DONDE HABIAN ESTADO LAS YERBAS, UN VELO DE MISA, UN ROSARIO Y UN ABANICO. ROSA REGRESA Y SE PARA JUNTO A LA VENTANA, EMPIEZA A OSCURECER)

CARMELA: El padre me preguntó por ti. Dice que hace tiempo que no vas por la iglesia.

ROSA: ¿Hum?

CARMELA: Hace más de un año.

ROSA: ¿El no sabe que tengo una casa que atender?

CARMELA: Yo también, pero cuando uno quiere...

ROSA: Y dos muchachos.

CARMELA: ¿Dónde están?

ROSA: Jugando en el parque.

CARMELA: ¿Pero cómo los dejas ir después de comida? Corren y se sofocan y después no pueden dormir. Nerviosos, ¡claro!

ROSA: Es que aquí no se están quietos. Viran la casa al revés, lo rompen todo.

CARMELA: ¿Para qué los tuviste? Yo tengo que...

ROSA: Porque tengo marido.

CARMELA: ... estar con ellos en la cama y hacerles cuentos.

ROSA: No debes. Esas historias de santos y leones, a Cristóbal no le gustan. Dice que le estás metiendo mucha la iglesia por los ojos.

CARMELA: Las mujeres tenemos que ocuparnos de la educación de los niños. El no lo hace. Y tú, no creo que sepas mucho de religión.

ROSA: Creo en Dios Y no necesito estar metida en la iglesia todo el santo día.

CARMELA: Deberías. Puedes necesitarlo.

ROSA: ¿Pero tú te crees que yo soy atea? Mi madre se casó

en la catedral de Matanzas. Y mis hermanas "todas" se casaron por la iglesia. ¡Todas, todas! Mamá sintió mucho que yo no lo hiciera. Pero tú no quisiste.

CARMELA: Sabes que no podía ser como tú querías. Velo blanco y azahares. ¡No! Se lo consulté al padre. Ya de eso hemos hablado bastante.

ROSA: No tenías por qué decírselo al padre.

CARMELA: Se lo dije en confesión.

ROSA: No era tu pecado.

CARMELA: Era de mi hermano que casi he criado. Era asunto mío. Y es asunto mío también todo lo que pasa en esta casa. ¡Que era de papá!

ROSA: Y ahora es de mi marido.

CARMELA: Mi hermano. Que todo me lo consulta, que no se mueve sin que yo lo sepa, que le compro la ropa y... ¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa? Estás que te ofendes por nada. Uno empieza a hablar, conversaciones de familia, cosas que pasan en todas las casas y de pronto de echas a llorar. ¿Por qué lloras? ¿He dicho algo malo?

ROSA: No tengo nada. Ni hijos, ni casa ni marido.

CARMELA: Eso es lo único que te importa. ¡Marido! No piensas en otra cosa? ¿Crees que un hombre puede estar todo el día metido en la casa? ¿Arriba de su mujer? Es asqueroso.

ROSA: Es que está todo el día en la calle. Y arriba de mí ya no está nunca.

CARMELA: ¡Cállate! Que San Cristóbal te perdone. (PAUSA) Mira, Rosa, tú no tienes que quejarte. El es un buen padre, a los muchachos no les falta nada, a ti tampoco. Ya llevan ocho años de casados, es natural, creo yo, que salga. Mi padre lo hacía y Mamá nunca se quejó. Que salga y hable con sus amigos de pelota, de política, del trabajo.

ROSA: ¡Y de mujeres!

CARMELA: No creo que hable de mujeres. No en la forma que tú piensas, le sobra con su esposa y su hermana.

ROSA: Pues no le basta, sé muy bien que no le basta.

CARMELA: ¿Has estado chismeando de nuevo? Hablando con todo el barrio de lo que Cristóbal hace o no hace.

ROSA: Sé que es verdad. Hilaria...

CARMELA: ¿Has ido a verla?

ROSA: Dicen que lo vieron...

CARMELA: Has ido a verla.

ROSA: Déjame terminar.

CARMELA: Si yo vuelvo a enterarme de que has ido a casa de esa mujer, se lo digo a Cristóbal.

ROSA: No, no, por favor.

CARMELA: Es lo único que faltaba. ¿No te das cuenta, no te das cuenta de que esa mujer es una vividora?

ROSA: No cobra un centavo.

CARMELA: ¿Y de qué vive? ¿Del aire? Cualquier día de éstos te vas a volver loca.

ROSA: No te alegres. Estoy cuerda, muy cuerda. No vas a salir de mí tan fácil. Siempre quisiste otra mujer para tu hermano. ¿A quién querías, Carmela? ¿A una calambuca como tú?

CARMELA: Que San Cristóbal te perdone.

ROSA: San Cristóbal, San Cristóbal. ¡Cristóbal es mi marido y no es santo! ¿No podrías nombrar a otro santo? ¡San Diablo!...

CARMELA: Por eso estás como estás. Por eso él no está nunca en la casa. Eres un asco, sucia, sucia. Mi hermano se crió distinto. ¡Muy distinto! Cuántas muchachas, todas las muchachas lo buscaban. Y él no hacía caso. Y miren con lo que vino a cargar. Porque fuiste viva. Le diste demasiado, se lo diste todo, como los perros.

ROSA: ¡No, no, no!

CARMELA: Así lo amarraste. Ya ahora le molestan los frenos. Cada vez se irá más, no le queda otro remedio. Cómo va a soportarte, si yo que soy mujer no te soporto.

ROSA: Porque fui yo la que me casé con él. Yo, yo.

CARMELA: ¿Qué?

ROSA: Querías que se metiera a cura. Que hiciera lo que tú querías. Como lo quieres ahora con mis hijos. ¡Pues no! No son gallegos, no van a ser curas.

CARMELA: ¿Es ése? Mira, Rosa...

ROSA: No me hables, no me gusta oírte. Ve y dícelo a Cristóbal, no al santo, al tuyo no, al mío. ¡Al mío! Voy a mudarme, me voy con mis hijos.

CARMELA: No grites. Los vecinos no están interesados.

ROSA: Los vecinos saben lo hipócrita y mojigata que eres.

CARMELA: Pobre Cristóbal. Lo que le ha tocado.

ROSA: Los vecinos saben que te confiesas mucho. ¿Por qué? ¿Por qué te confiesas tanto? ¿Es tan malo lo que me deseas? Dime, ¿qué quieres? ¿que deje a Cristóbal? ¿que me muera? ¿Por qué vas tanto a la iglesia? ¿qué le confiesas al cura, qué le confiesas, qué?

(CRISTOBAL ESTA EN LA PUERTA. CARMELA SE DOMINA FACIL, LO MIRA DE FRENTE, ALTIVA, RECRIMINANDOLE SU MATRIMONIO. ROSA SIGUE VIBRANTE).

CRISTOBAL: ¿Qué pasa aquí?

CARMELA: Pregúntale a tu mujer, que es la que grita.

CRISTOBAL: Qué aburrido me tienes, Rosa. Qué aburrido estoy de ti, qué aburrido, me cacho en diez.

ROSA: ¿Con ella no te aburres? ¿qué hace, que no sepa hacerte yo?

CARMELA: Cristóbal, que no diga esas cosas, que aquí hay niños y retratos de santos. (SALE)

ROSA: Los dos están en contra mía, los dos, los dos. ¿Quién me mandaría a irme contigo?

CRISTOBAL: ¿Te arrepientes? Ya puedes...

ROSA: (ATEMORIZADA) (UNA MUJER HUMILDE) No. No me arrepiento, yo te quiero, Cristóbal.

CRISTOBAL: Déjate de esas cosas, ya no somos novios.

ROSA: Por eso, porque no somos novios. Por eso te necesito en la cama.

CRISTOBAL: (SE RIE, SU VANIDAD ESTA SATISFECHA Y PARA DEMOSTRARLO LE DA UNA NALGADA) Eres una puerca.

ROSA: (LA NALGADA ES UNA CARICIA, AHORA ESTA DISPUESTA A MANTENER A CRISTOBAL DE BUEN HUMOR) ¿Quieres un poco de café?

CRISTOBAL: ¿Está hecho?

ROSA: Sí, en un minuto lo caliento. (CRISTOBAL SE ACERCA AL GRAN ESPEJO Y EMPIEZA A PEINARSE)

CRISTOBAL: (LLAMANDO) Carmela.

CARMELA: (DESDE ADENTRO) Dime.

CRISTOBAL: Oye, Carmela, necesito guayaberas.

CARMELA. (SALIENDO) ¿Mandar a lavar?

CRISTOBAL: No, venga acá, mi hermana, necesito unas guayaberas de esas que se usan ahora, de rayitas.

CARMELA: Pero Cristóbal, si no hace dos meses que te hice guayaberas, si todavía hay una ahí.

CRISTOBAL: Tú no vas a querer que todo el mundo ande por ahí con guayaberas de rayitas y que tu hermano no tenga, ¿no?

ROSA: (ENTRANDO CON UNA TAZA DE CAFE) Aquí está el café.

CARMELA: A ti deben quedarte muy bien. Como mejor luces es en guayabera.

ROSA: ¿Está caliente?

CARMELA: ¿No han llegado los muchachos?

CRISTOBAL: ¿Dónde están?

ROSA: Fueron al parque con la chiquita de al lado. (SE ALEJA CON LA TAZA)

CARMELA. Ya es casi de noche y el tiempo se está poniendo de agua.

ROSA: (DESDE ADENTRO) Deben estar al llegar.

CARMELA: Yo voy a ir a buscarlos. No puedo estar pensando que va a llover y capaz que los coja el agua por ahí. Y eso que tengo un dolor de cabeza...

CRISTOBAL: Rosa, ve a buscarlos tú, chica, son tus hijos, ¿no? Deja, Carmela, que vaya ella. Rosa... Rosa.

ROSA: Ya voy, ya voy.

CARMELA: (MIENTRAS ROSA SALE) Mira para eso, si el cielo está negro. Es un aguacero lo que viene. No sé cómo los deja salir con esa chiquita de al lado. (PAUSA) Y tú, ¿dónde estabas, Cristóbal?

CRISTOBAL: Dando una vuelta. No se puede estar aquí. En cuanto uno llega empiezan las discusiones y las mortificaciones. Se está mejor en una bodega. ¿Qué le pasa a esta mujer?

CARMELA: Es Hilaria, que...

CRISTOBAL: ¿Estuvo a verla?

CARMELA: Sí. No sé cómo no se da cuenta de la clase de mujer que es. La engaña, le pinta historias, le da remedios.

CRISTOBAL: ¿Remedios para qué?

CARMELA: Le manda baños... Hay un vaso con agua detrás de cada puerta. Yo soy católica, no puedo permitir que eso pase en mi casa.

CRISTOBAL: Ahora no empieces tú. Ella tiene vasos y tú tienes velas, ¿no es lo mismo? Es lo mismo, es lo mismo. Ni la brujería ni la religión solucionan los problemas.

CARMELA: Sabes bien que no es lo mismo. (PAUSA) Cristóbal, ¿de verdad que piensas irte?

CRISTOBAL: ¿Quién inventa esas cosas? ¿Ustedes no pueden vivir de lo suyo? Tú con tus santos y velas y ella con sus vasos. Tienen que estar arriba de mí. ¡Las dos! ¿Crees que no me doy cuenta que pasas por la bodega a ver si estoy tomando? Y te siento despierta cuando llego por la noche. Y te siento pasar por mi cuarto a ver si estoy dormido. Cuando estoy acostado con mi mujer. Ya no soy un muchacho, Carmela.

CARMELA: Pero tengo que cuidarte. A ti y a tus hijos.

CRISTOBAL: No los cuides, déjalos, déjalos en la calle.

CARMELA: ¿Cómo unos mataperros?

CRISTOBAL: Sí.

CARMELA: ¿Borrachos y mujeriegos?

CRISTOBAL: Sí, sí. Quiero que sean como yo, ¡hombres! Que se den su trago con los amigos. Y que gocen de la vida.

CARMELA: Así te agarraron a ti.

CRISTOBAL: Porque tú me habías enseñado a tener lástima y me hablabas de piedad. Piedad, piedad, piedad, piedad. Jamás he oído esa palabra. ¿Qué sabes tú de piedad? ¿Qué sabe la gente de piedad? Si se la digo a un hombre en la calle pensará que hablo en chino. No la conocen. Piedad. Eso fue lo que me amarró.

CARMELA: ¡Y qué mala soga!

CRISTOBAL: ¿Por qué tú la odias?

CARMELA: Mi religión no me permite odiar, pero...

CRISTOBAL: La odias.

CARMELA: No me gusta su manera de ser. Ni de hacer las cosas. ¿Por qué tiene que andar detrás de una espiritista? Cuando yo fui, no fui por mi gusto. Me llevaron, tú sabes bien que me llevaron. Porque la muerte de papá, que en paz descanse, me había afectado mucho. Pero tan pronto salí de aquello me di cuenta que todo era mentira, trucos, cosa de gente estúpida. La Iglesia Católica, ahí está la verdad. Tú lo sabías, lo sabes, con la religión es distinto.

CRISTOBAL: ¿Distinto de qué? Todas esas cosas son iguales, trucos, mentiras.

CARMELA: Por favor Cristóbal no hables así. Es cosa de saber el destino de tu alma.

CRISTOBAL: Te estás haciendo daño tanto que lees y tanto que rezas. Y no compres tantas velas, el agua de los vasos es más barata.

CARMELA: Son bromas muy pesadas. Lo que debías hacer es...

CRISTOBAL: No quiero que me digas más lo que tengo que hacer. No soy un muchacho, ya crecí, ya crecí, ¿no lo ves que ya crecí?

CARMELA: (SE LE ACERCA Y LO ACARICIA) Todavía eres un niño. Bito, bito, Cristobito. No te pongas así conmigo, es que no me doy cuenta. Me extraña tanto que no vengas a contarme tus problemas. Me has tenido acostumbrada a contarme cosas. A reírte conmigo y a esperar a que yo te pase la mano por el pelo. ¿Cuál es el problema ahora?

CRISTOBAL: Ahora no sé. Ahora no hay problemas. Por lo menos no son los problemas que yo te contaba. Cuando vengo de noche a casa las calles están vacías. Las puertas cerradas. Y me parece entonces que me falta algo por hacer, que no debo acostarme sin hacer una cosa más, ¿qué es? ¿Qué me falta por hacer? Me reuno con los amigos, tú sabes, Sergio y Veto y el de la botica, tú sabes. Nos tomamos unas cervezas y hacemos cuentos y discutimos. Hablamos y hablamos y hablamos. Ya después no hay más de qué hablar y nos quedamos allí. Y otra cerveza y volvemos a quedarnos. Y nadie se va primero y ya no hay nada que decir. Beto hace alarde de lo que toma y Emilio de lo que trabaja y del dinero que gana. Y yo... Yo... Yo también hablo y discuto y hago alardes. Y es después, cuando vuelvo a casa que me doy cuenta, que falta algo, que se me ha olvidado. ¿A ti te pasa, Carmela?

CARMELA: Es Dios que te falta.

CRISTOBAL: No, no. Comprende. Es algo que tiene que ver conmigo, conmigo y con mis hijos, y contigo y con la finca y con la gente de la calle. No sé, no sé, es como que algo se hubiera desperdiciado en el día.

CARMELA: Es Dios que te falta.

CRISTOBAL: Está bien. Es Dios o es la borrachera que cojo. No importa. No importa. ¿Ves que no hay problemas que contar? Piedad...

CARMELA: ¿Cómo?

CRISTOBAL: Nada. Me voy a la calle.

CARMELA: Ya vamos a comer, Cristóbal. No te vayas, no te vayas, cuando regreses la comida estará fría. Quédate y toma un plato de sopa por lo menos. No te vayas, te hago un bistec en un momento, no te vayas, no te vayas... ¡Oh! San Cristóbal. (EN LA PUERTA CRISTOBAL SE ENCUENTRA CON ROSA QUE REGRESA DE LA CALLE)

CRISTOBAL: ¿Y los muchachos?

ROSA: Se quedaron en casa de Laura jugando. Allí no se mojan.

CRISTOBAL: Ahora vuelvo.

ROSA: (LO AGARRA POR LA ROPA) Cristóbal, no salgas ahora.

CARMELA: Déjalo.

CRISTOBAL: No te metas tú.

ROSA: Seguro que ahora vas a ver a ésa.

CRISTOBAL: ¿Tú no piensas en otra cosa?

ROSA: Sí... yo pienso... yo, (RAPIDA) Quiéreme, Cristóbal, no me gusta estar sola en la noche. Quiéreme, quiéreme, quiéreme. ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que me corte el pelo? ¿Que me vista distinto? Quiéreme, Cristóbal, yo también me voy a pintar las uñas.

CRISTOBAL: Da igual. (ROSA AULLA DE DOLOR) No tiene nada que ver con eso. No hay nada que arreglar.

ROSA: Sí, hay que arreglar miles de cosas. Yo soy tu mujer, soy tu mujer, tu mujer, tu mujer...

CRISTOBAL: Entonces cuida los muchachos y ocúpate de mi ropa. Y no andes corriendo detrás de mí y detrás de Hilaria y no andes contándoles cosas a la gente.

ROSA: Es que esto no puede ser todo. Yo me fui de mi casa porque allí había mucha gente. Muchas hermanas y muchos tíos, hasta perros sobraban. Y en medio de aquel barullo yo me dormía a veces llorando, sola. Después empecé a dormir acurrucada a ti, tan tibio. Y ahora otra vez, igual que antes. Sola. Yo no quiero llorar de noche. Hay tantas noches por delante que me da miedo. ¿Por qué vas allí por las noches? ¿Por qué vas a verla?

CRISTOBAL: Voy a jugar dominó. Y son mis amigos.

ROSA: ¿Y por qué no me llevas?

CRISTOBAL: Un hombre no tiene que andar con la mujer parriba y pabajo. No conozco a nadie que lo haga. Yo voy con mis amigos y juego dominó y me tomo mi cerveza. Y a ti lo que debe importarte son tus hijos y tu casa.

ROSA: No me importa la casa. Yo me casé con un hombre.

CRISTOBAL: Para callar a la gente, que hablaba de ti.

ROSA: A la gente, no, a mi hermano. Que te metió miedo e iba a dejarte sin sangre.

CRISTOBAL: A tu hermano...

ROSA: Cobarde, sin una gota de sangre.

CRISTOBAL: Pregunta en el pueblo a ver si soy cobarde.

ROSA: Cobarde.

CRISTOBAL: Pregúntale a mis amigos las broncas que he tenido en los bailes, los dientes que he roto con esta mano. Cuando tenía la máquina me comía la carretera a 180. A 180 y borracho. Y me he tomado una botella de coñac en el cementerio, sentado en la tumba de una vieja. A las dos de la mañana.

ROSA: Eso es mierda.

CRISTOBAL: No me grites.

ROSA: Mierda, mierda.

CRISTOBAL: (PEGANDOLE) Coge, coge, coge.

CARMELA: (SALIENDO DEL INTERIOR DE LA CASA) Suéltala, Cristóbal, suéltala.

CRISTOBAL: (LA DEJA EN EL SUELO Y HAELA SOFOCADO, MIENTRAS SE ARREGLA LA ROPA Y SE ALISA EL PELO CON LA MANO) Venirme a decir cobarde. Ni los hombres se atreven. Piedad. A mí hay que respetarme, que soy el hombre de la casa. Y entro y salgo cuando me da la gana. Y no te molestes en cortarte el pelo, que vas a parecer una...

CARMELA: (INTERRUMPIENDO) Está bueno ya, Cristóbal.

CRISTOBAL: Sí, esta bueno ya.

CARMELA: (VA A LA PUERTA, SE APOYA EN ELLA PARA SOSTENERSE, MIENTRAS ROSA SIGUE SOLLOZANDO EN EL SUELO) Oh, San Cristóbal, yo lo crié tan distinto.

ROSA: (DEJA DE LLORAR, SE QUEDA EN SILENCIO MIRANDO AL VACIO, Y SE LEVANTA, CORRE HACIA LA CALLE Y GRITA) Hilaria... Hilaria... Hilaria...

CARMELA SE PERSIGNA, MIENTRAS CAE EL TELON.

POR SAUL LANDAU

EL LIBERALISMO EN ACCION

Saúl Landau, miembro del Comité Pro Justo Trato a Cuba, se encuentra en la actualidad en Europa trabajando con C. Wright Mills en una nueva edición de "Escucha, Yankee", en la que el sociólogo norteamericano, que abandonó avergonzado su país tras la invasión a Cuba, discute el ataque imperialista. El presente artículo fue rechazado por periódicos británicos por "demasiado antiamericano". Landau examina la reacción de los "liberales" del Norte durante la abortada invasión.

Mientras la Agencia Central de Inteligencia desarrollaba sus turbios manejos, y armaba y adiestraba a los contrarrevolucionarios cubanos, mientras se recrudecían los actos de sabotaje dentro de Cuba, y por último, durante las 72 horas que duró la batalla de la Ciénaga en medio de la brutalidad y del asesinato, los llamados intelectuales liberales norteamericanos declaraban a diestra y siniestra que Fidel Castro había "traicionado" la Revolución Cubana, y que por lo tanto los Estados Unidos tenían la misión de "salvarla".

Proclamando su amor a la verdad, a la libertad y a la democracia, estos "liberales" negaron la responsabilidad de los Estados Unidos por todo lo que ha ocurrido en Cuba recientemente, y ni siquiera admiten que en los últimos sesenta años de mala historia cubana los Estados Unidos hayan sido otra cosa que un observador inocente. Adlai Stevenson hizo un gran ridículo en las Naciones Unidas al negar categóricamente todas las bien documentadas acusaciones de agresión contra Cuba formuladas por el doctor Raúl Roa. De Washington, donde el trust del cerebro liberal ahoga con palabras, todos los problemas concretos, salió un "Libro Blanco" sobre América Latina, escrito por un "reconocido experto" en la materia: Arthur M. Schlesinger Jr., al que varias semanas de estancia al Sur del Río Grande, durante las cuales conversó con unos cuantos presidentes de república, y con los residentes norteamericanos, convirtieron en "experto".

Lo que comenzó como una administración deseosa de crear una nueva imagen y una nueva frontera, se ha convertido en menos de tres meses en el viejo estereotipo del Tío Sam que tan bien conocen en la América Latina, cuya única diferencia es no haber podido obligar rápidamente a Cuba a someterse. Con esa pequeña diferencia, el panorama es el mismo. De la boca de los liberales norteamericanos salen las mismas palabras: libertad, independencia, que hacen reir amargamente a la gente en la América que no habla inglés. Pero lo malo es que la mayoría de los norteamericanos las cree. De una nación nos hemos convertido en un rebaño de ovejas.

A Fidel Castro lo acusan los "moralistas" de Washington de "traicionar" su revolución, de no haber cumplido sus promesas, de no haber celebrado elecciones. Esta situación debe "rectificarla" el pueblo cubano. Pero, nos dice el Presidente Kennedy, los Estados Unidos no contemplarán pasivamente lo que sucede en Cuba mientras el comunismo establece una cabeza de playa a 90 millas de nuestras costas. ¿Cómo se atreven esos rusos a meterse en nuestro hemisferio?

Cualquiera que se dé un viaje a Cuba e inspeccione el último metro cuadrado de territorio cubano, hallará solamente una base extranjera: la que mantiene la Armada de los Estados Unidos en Caimanera. ¿Y para qué decir que la URSS y China están rodeadas de bases norteamericanas? Ah, pero eso es ya distinto, porque nosotros somos norteamericanos... defensores de la democracia. ¡Pero si ayudamos a Fidel a derrocar a Batista!

Sobre todo lo ayudamos vendiéndole al dictador depuesto armas modernas, prestándole asesoramiento militar, acogiendo a sus más brutales secuaces con los brazos abiertos en Miami, y llamándolos al Senado a que prestaran declaración, y luego permitiendo a los contrarrevolucionarios que utilizaran nuestro territorio para bombardear los campos de caña, declarándonos impotentes para patrullar la costa de la Florida.

Lo que no pueden tolerar los Estados Unidos es la pérdida de su antigua colonia económica de Cuba. Pero lo que es peor, los cubanos han probado tres cosas muy importantes: 1) Que es posible arrojar a los yanquis de un territorio; 2) Que la dominación económica norteamericana hace imposible modernizar un país atrasado industrial y culturalmente; 3) Que sin el control económico de los Estados Unidos y con un sistema socialista ello puede lograrse con gran rapidez.

Eso es lo que verdaderamente asusta a los norteamericanos, liberales y conservadores, lo que ha convertido en obsesión el tema de Cuba. Mientras más se desarrolle Cuba como un Estado socialista y avance rápidamente en todos los niveles, gritando continuamente al resto de la América Latina que no sólo puede, sino debe hacer otro tanto, esta obsesión irá en aumento, si tal cosa es posible. El hecho de que Fidel Castro haya armado al pueblo es prueba de que el prestigio popular de su gobierno es mayor que el de cualquier otro gobierno en el hemisferio occidental.

La invasión y su enorme fracaso ha enseñado a Kennedy y a los liberales norteamericanos una lección: que el pueblo cubano es leal a su Revolución. Los que la abandonaron fueron los batistianos, los perjudicados económicamente por los cambios sociales necesarios y los que giraban en su órbita.

Esos son los llamados "combatientes de la libertad". La restauración de la "libertad" equivale a la restauración de la propiedad privada, sobre todo de la norteamericana. Estos "combatientes de la libertad" son simplemente agentes de la política exterior de los Estados Unidos.

La Agencia Central de Inteligencia comenzó a planear la contrarrevolución en el otoño de 1959. A pesar de las negativas oficiales, el "New York Times", el "Wall Street Journal" y otras publicaciones menos importantes han afirmado esto hasta la saciedad. Cuando la administración de Kennedy asumió el poder, se proclamó de nuevo el ideal "liberal", la continuación del New Deal, etcétera. Los misioneros liberales demostraron ser capaces de concretar lo que para la mayoría de los norteamericanos eran palabras abstractas y carentes de significado. "Creemos en la libertad" quiere decir para Mr. Kennedy que hay que destruir a Fidel Castro. La lógica es muy sencilla. Fidel es una amenaza para los intereses norteamericanos en sus colonias económicas de la América Latina, y sobre todo para su papel de director económico, político y militar del hemisferio. Ergo: Fidel es una amenaza para la libertad y la democracia.

Instalado Kennedy, la Agencia Central de Inteligencia pudo unificar a los grupos contrarrevolucionarios en un consejo. A Kennedy le era más fácil que a Eisenhower declararse a favor de las revoluciones. El dinero y las promesas de la Agencia barrieron con las diferencias del trío Ray-Varona-Miró; se aceptó la tesis de Ray "fidelismo sin Fidel", que los que lo conocen llaman "el fidelismo castrado por Ray". Muchos batistianos fueron aceptados y comenzaron a recibir entrenamiento. Masferrer fue detenido por violar las leyes de los Estados Unidos para que no surgieran acusaciones molestas por su participación en los planes. El hecho de que Varona, Miró, Ray y el CIA, estaban violando las mismas leyes no preocupó a nadie.

Así pues, el único cambio que trajo Kennedy fue el que se esperaba: los "liberales" prosiguen la política conservadora con más vigor y más sangre fría. En menos de tres meses la Agencia Central de Inteligencia había logrado unidad temporal entre los contrarrevolucionarios y montado el escenario para una sangrienta invasión, que los milicianos liquidaron en pocas horas.

Cuando Roa acusó a los Estados Unidos por la agresión obtuvo las pruebas en los periódicos de más prestigio de los Estados Unidos. Casi todas las ediciones del "Times" reconocían que la Agencia estaba reclutando, armando, adiestrando y pagando exilados cubanos en suelo norteamericano y en propiedades de los Estados Unidos en Guatemala. El "Miami Herald" se jactaba en enero de que varias veces a la semana salían de la Florida embarcaciones con saboteadores que desembarcaban en Cuba, y que cada embarcación llevaba a bordo un agente de la Agencia. Las que no llevaban agentes eran detenidas por el Servicio de Guardacostas para cubrir las formas.

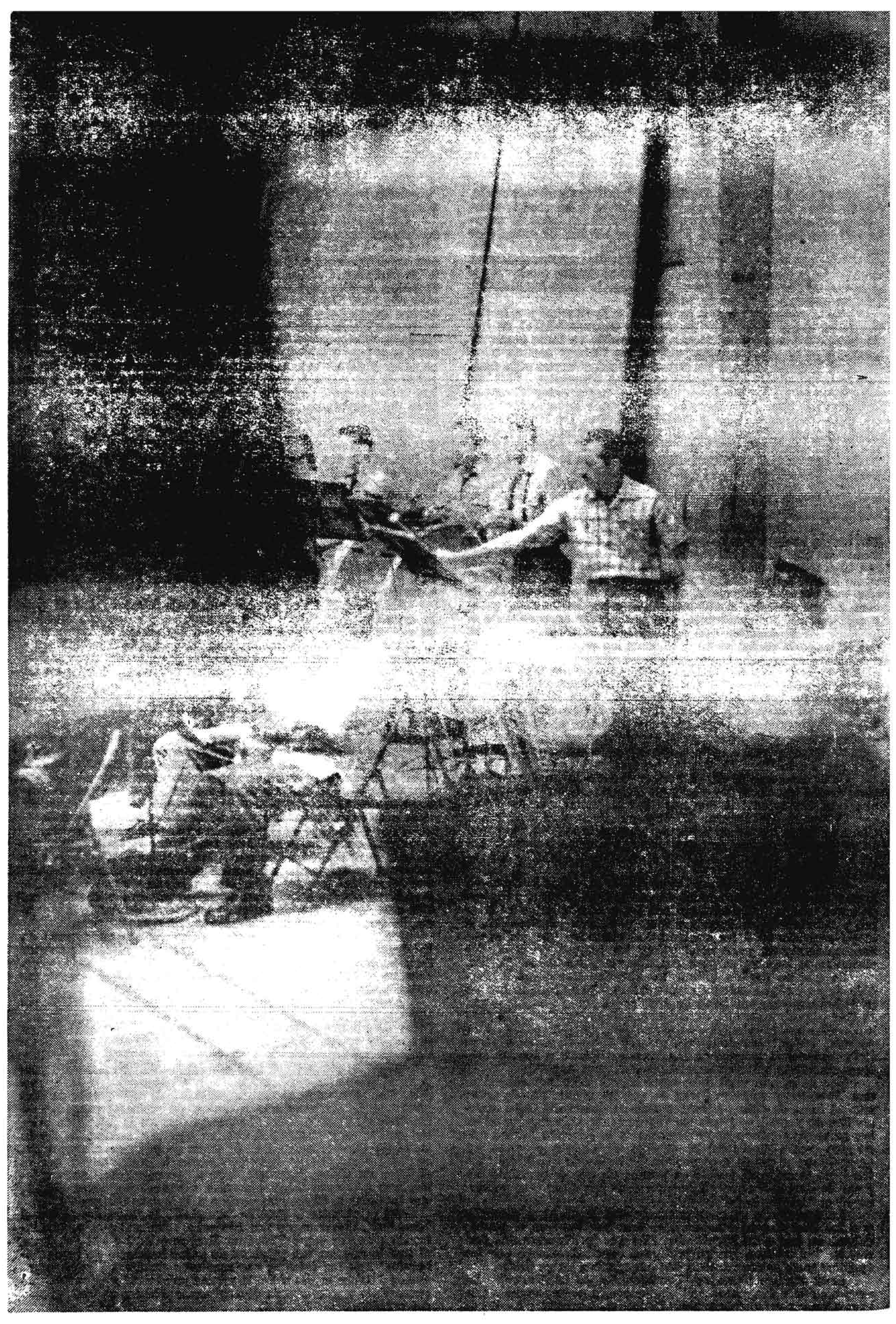
Cerca del poblado de Homestead hubo un tiroteo, y cuando acudió la policía a detener a los culpables, Washington le aconsejó no entrometerse. Varios policías floridanos confesaron su irritación a un reportero de Miami porque no podían arrestar a ningún cubano sin consultar primero a Washington. Con anterioridad habían detenido a varios hombres de la Agencia, lo que provocó las consiguientes carreras en pelo.

Pudieran enumerarse hasta lo infinito las violaciones de las leyes internacionales por las agencias gubernamentales creadas para respetarlas. Pero la prensa "liberal" norteamericana no se queja de eso; sólo las pequeñas publicaciones de izquierda alzan su voz.

Acciones oficiales ilegales y peligrosas, seguidas de negativas y de artículos cínicos en la prensa —ésa ha sido la política de los que siguen a Kennedy en sus preparativos para desencadenar otra guerra contra "el peligroso enemigo que vive a sólo 90 millas de nuestras costas".

Más que con mentiras, la administración de Kennedy prepara al pueblo norteamericano con el elemento de la confusión. Continuamente se descargan sobre él toda suerte de distorsiones, de abstracciones liberales, de símbolos cargados de emotividad. Cuando Fidel Castro aparece en la televisión o en los noticieros cinematográficos, se oye una música de fondo siniestra. Cuando centenares de miles de cubanos se congregan en La Habana, surge inmediatamente la comparación con el régimen de Hitler. Paranoia, manía persecutoria, tuberculosis. Las más extrañas y absurdas afirmaciones sobre Castro, son lanzadas a diario con destino a la mente del pueblo.

De la otra parte está la "libertad", la "democracia" y el "derecho", proclamados por Kennedy, Schlesinger, y doctrinarios menores como Theodore Draper e Irving Kristol. Para el pueblo cubano, las palabras de estos hombres, de estos "liberales" son las mismas abstracciones empleadas para engañarlos durante medio siglo, la misma palabrería sin sentido que permitió la supervivencia de regímenes odiosos y del atraso del pueblo.



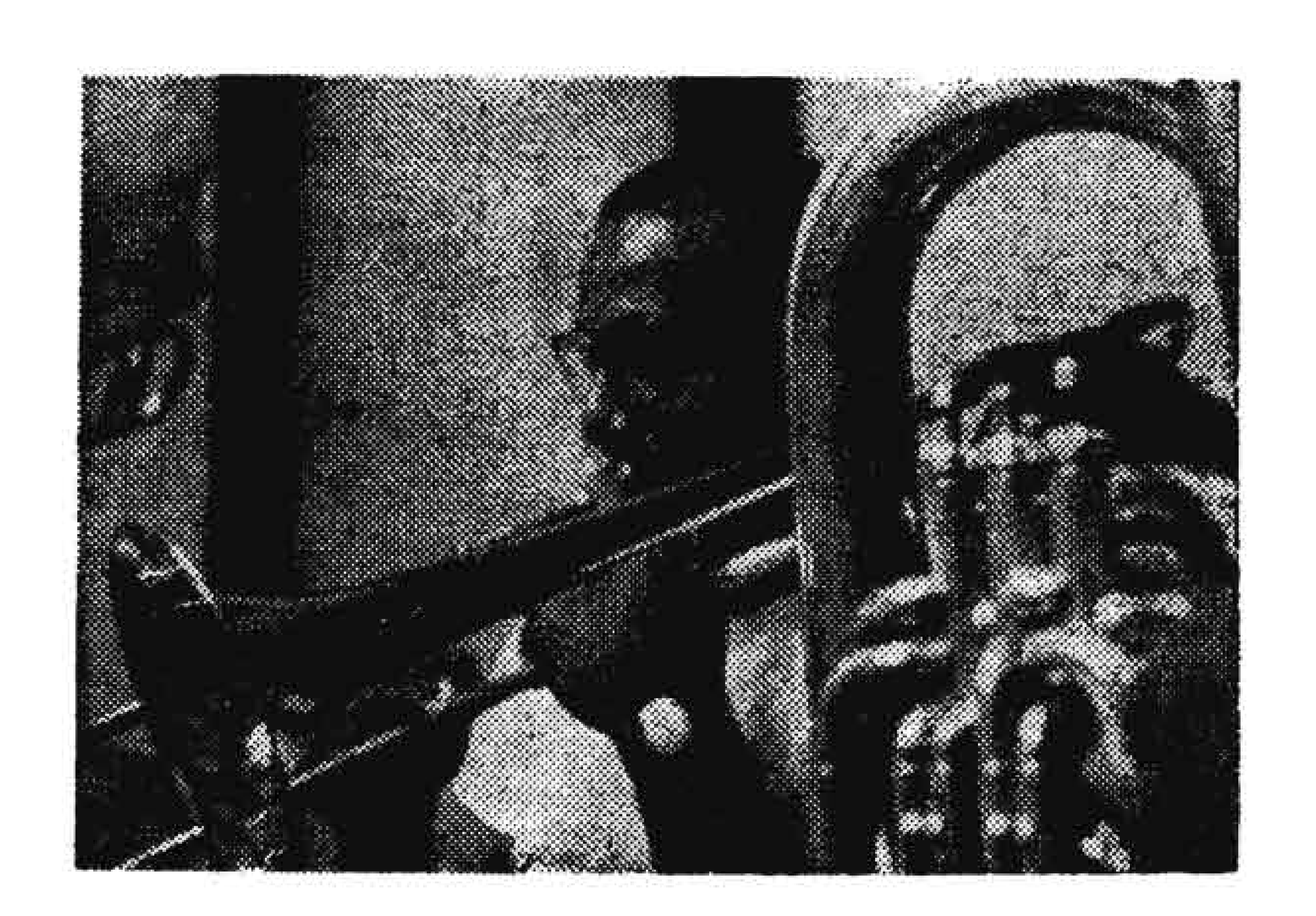
ENSAYO PARA ORQUESTA

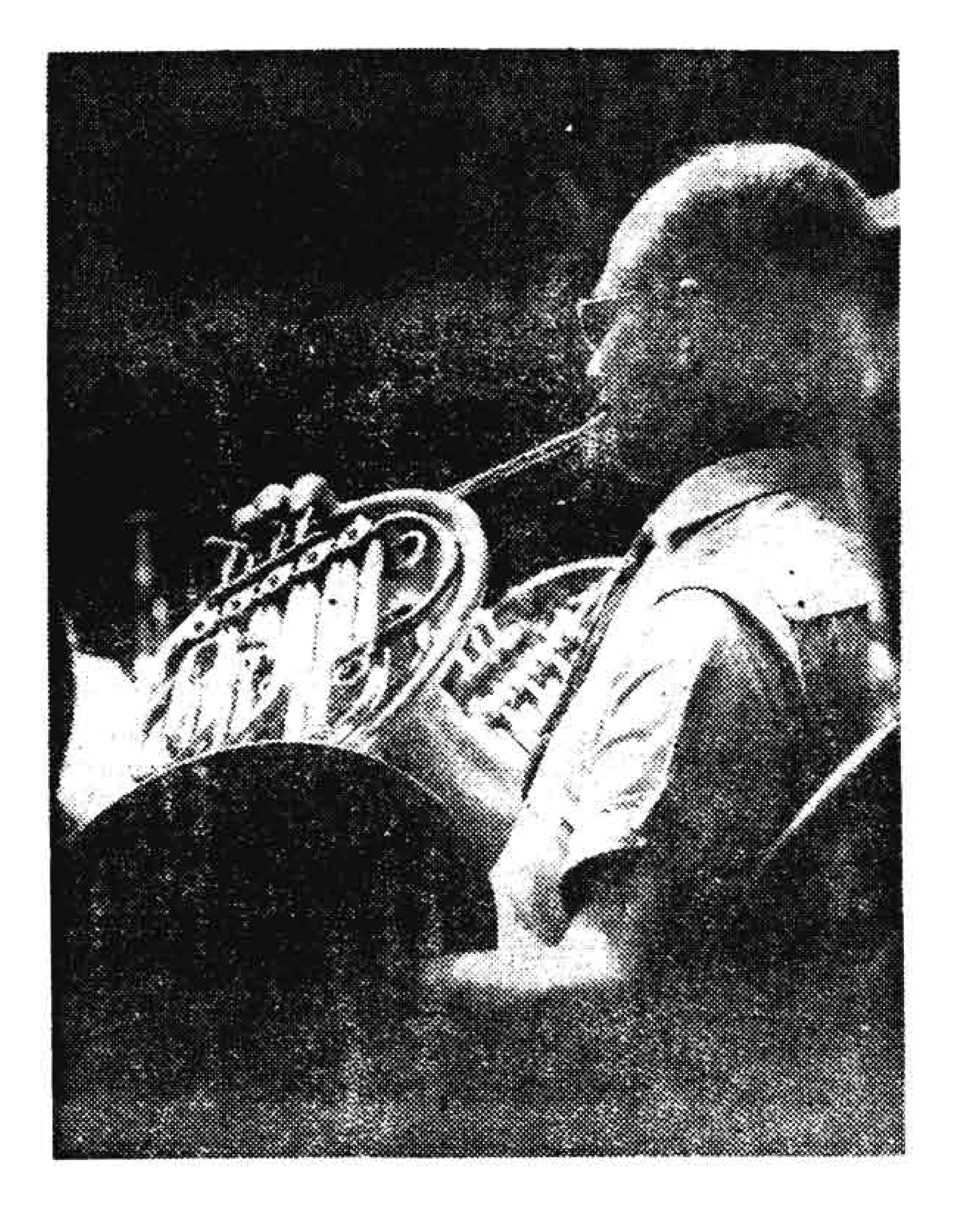
FOTOS MAYITO **TEXTO JUAN ARROYO**

El giro doble del bronce en una trompa, el vientre sonoro de un contrabajo, la madera dulce y penetrante de una flauta, el agridulce sonido de caña de un oboe los gruñidos vegetales del fagote, o veinte violines convirtiendo el sonido de las cuerdas de cristal en un murmullo que puede ser quejumbroso, patético, movido, gravemente triste, o el restallido alerta de las trompetas, siempre rajadas, explosivas, y también el redoble afelpado o el rumor sordo o el golpe seco y definitivo del timpani: las ollas en que el timbalero cocina su caldo rítmico, o los platillos, gigantes palmas que parecen de cuando en cuando aplastar un imaginario y molesto mosquito musical: ésa es la orquesta para un narrador impresionista, para un observador que se niega a oír la música, para el melómano distraído.

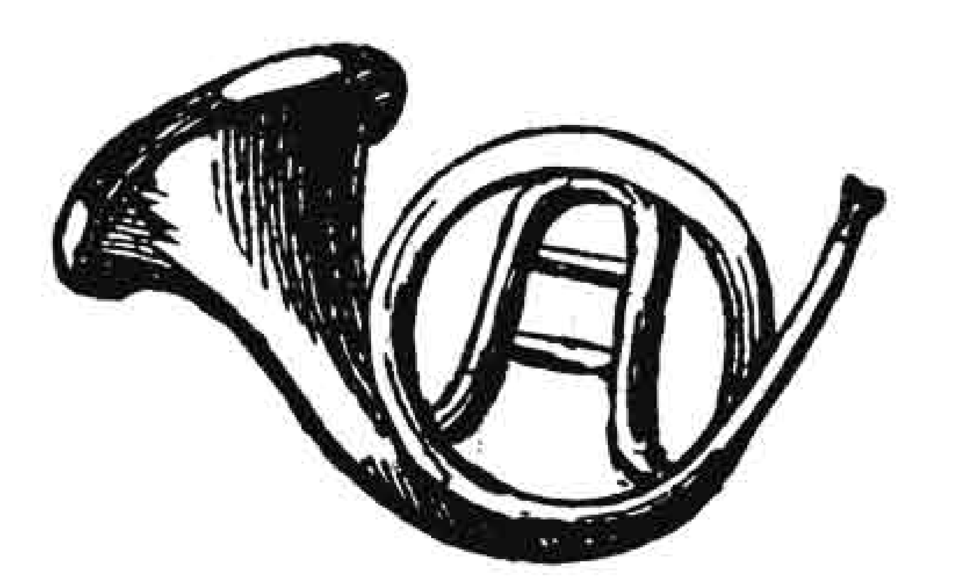
Esa no es la orquesta de Mayito, sin embargo: la orquesta de Mayito es ésta, la de las fotos: él la vio uno de estos días: era la Orquesta Sinfónica, disponiéndose para estrenar un trozo musical —¿Ardévol, Blanco, Fariñas?, ¿tal vez Galán?— nuestro en el Festival de Música Cubana.

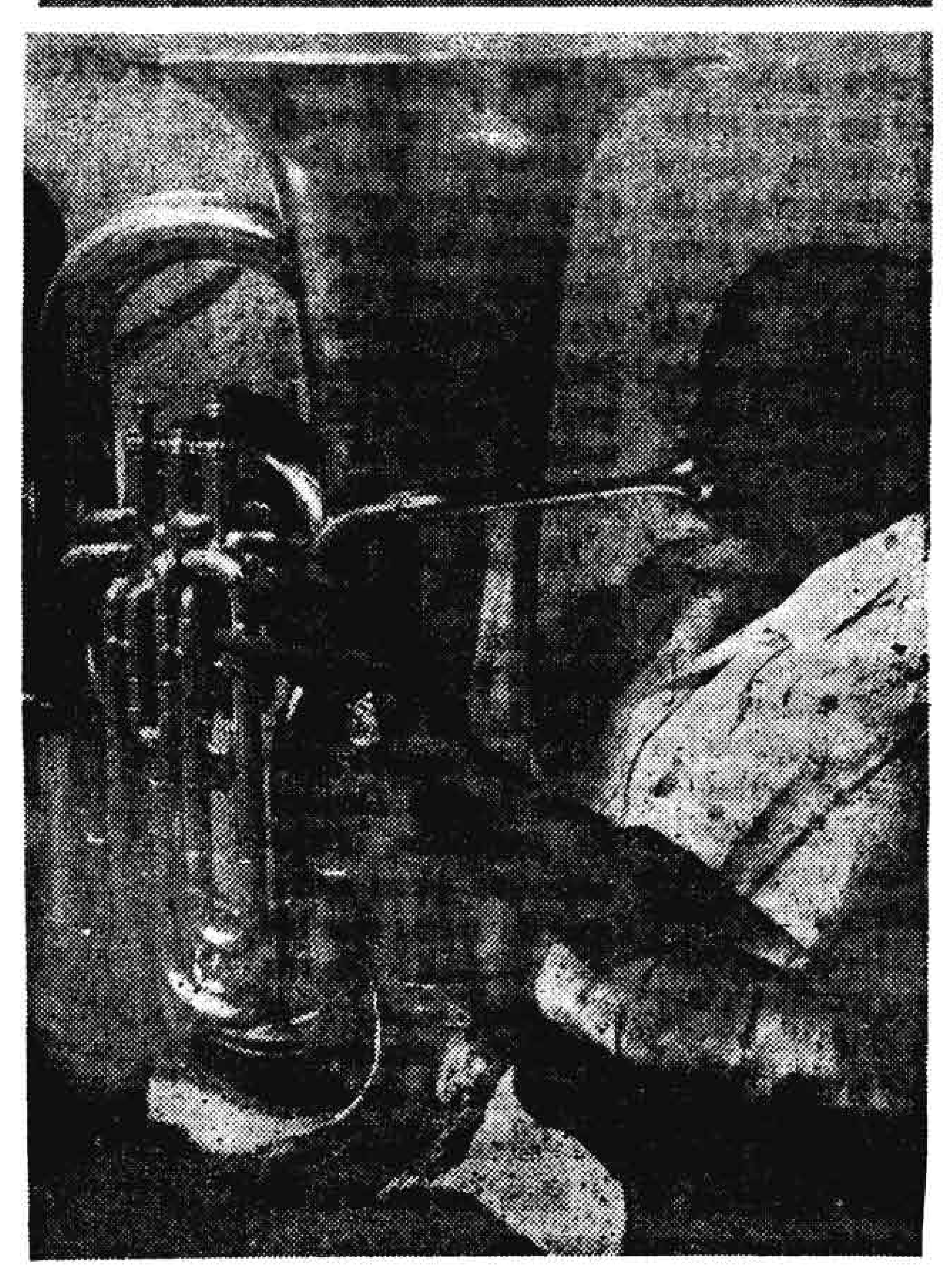
Esta es nuetra orquesta.











CORTANDO CAÑA

POR CARMEN LOVELLE

De nuevo vuelve Carmen Lovelle a las páginas de LUNES. No es inusitado ya que es nuestra colaboradora. Ahora nos escribe enviándonos una breve narración —Cortando Caña—. Sobre la misma dice: "Adjunto le envío una crónica de mis experiencias como cortadora de caña. Es una imitación de esas crónicas de Bohemia. Yo la ilustraría con una palma en los momentos que suelta la yagua. No creo que sea una gran cosa, pero, bueno, la envío de todas formas. La pueden publicar porque me parece que es de actualidad y, además, le encontré un buen nombre para cierta clase de gusanos".

Palmarito de Cauto, Marzo 26 de 1961.

Al amanecer nos tocan a la puerta, hay que salir bien temprano. Llevaremos dinero para comer algo por allá. Pero si allí lo único que hay es caña y algunas casitas perdidas entre los cañaverales.

¡Qué mujer más atolondrada!

Ir al corte sin llevar nada de comer. Menos mal que las panaderías están abiertas, compraremos pan y siempre aparece una vecina buena que nos done una lata de salchichas.

Nos vamos de corte a la Cooperativa Evelio Grave de Peralta. ¿Quién fue Evelio Grave de Peralta? Era un muchacho del pueblo que fue muerto por una emboscada cuando se dirigía a la Sierra. "Bolo" le decían cariñosamente. Lo trajeron con la cara destrozada por las balas. Ahora la madre es miliciana.

Algo atrasado llega el camión que nos llevará. El chofer se disculpa: "Quise venir expresamente a buscarlos, pero a la hora de salir, el cacharro no quería arrancar". ¿Quién es éste que viene expresamente a buscarnos? Se llama Guillermo Reynosa y es el Administrador de la cooperativa.

¿ADMINISTRADOR? De pronto esta palabra empieza a sonarnos bien. Siempre nos cayó muy mal. ¿EL ADMINISTRADOR? Un señor al que nunca veíamos y cuando esto ocurría daban deseos de enterrarse para no ofender con nuestra humilde presencia a tan importante personaje.

Pero llamarle Administrador a este guajiro con cara de persona decente, nos suena muy bien, requetebien.

A la salida del pueblo hay un puente sobre un arroyo que está celoso del Cauto. Una ceiba creció en su orilla, ya está tan gruesa que llega a la mitad de la corriente dividiéndola en dos.

Cuando llueve mucho y el Cauto crece, todo el pueblo lo va a ver y el arroyo que también hace sus alardes, se pone furioso. "Río alardoso, te luces porque todos los arroyos de La Sierra te tenemos que engordar tu sucia corriente. Charlatán, ¿qué fuera de ti sin nosotros?".

Y el arroyito se lanza con todas sus fuerzas contra la Ceiba. Pero ésta permanece impasible. "Descarga tu furia contra mí, enano envidioso, pero no te vas a llevar el puente porque sobre él tienen que pasar los hombres que van al Central a ganarse el pan".

Dicen los entendidos que cada siete años florece la ceiba. Este año la ceiba ha florecido milagrosamente. Como casa montuna que lava sus taburetes y se pone su mejor mantel de saco blanqueado, el campo se viste de fiesta para recibir a los visitantes domingueros.

La ceiba esparce sus flores de suave lana a los cuatro vientos, el aguacate se ha puesto un discreto pero elegante trajecito de florecitas de un amarillo pálido y la Cañandonga se estrena un alegre vestido de flores de un rosado subido.

Los barracones ya no lucen tan tristes. A sus puertas se asoman mujeres y niños con caras risueñas, a ver a la gente de los pueblos que vienen a los cortes. Muchas casitas muestran por sus puertas abiertas sus muebles nuevos o recién pintados, otras enseñan orgullosamente sus máquinas de coser. ¡Cuántos sueños lindos de guajiritas hacendosas convertidos en realidad!

Pasamos junto a un campo quemado, junto a los negros troncos, renacen con más vigor los retoños de suave verde. Si el fuego de la ambición se desata sobre nuestro suelo para convertirlo en cenizas, otra vez retoñarán los campos, son el símbolo del pueblo que no muere.

En la subida del Once el paisaje que se admira es maravilloso. Como hechos a escuadra se ven los campos. Un cuadrado verdecito de los retoños nuevos. Otro de un verde claro con las cañas aún sin cortar. En algunos las cañas lucen el gris plata de sus flores.

Otros campos lucen la tierra prieta recién arada. Son los que se van a utilizar para otras siembras. ¡Quién fuera pintor para inmortalizar tanta belleza!

Agotado por la fuerte pendiente de la loma de Manuí, el camión se detiene a tomar agua de un fresco arroyo que adorna sus orillas con pequeña arboleda. Contemplamos una yagruma con todas las hojas viradas hacia arriba. ¡Caramba, esta yagruma luce como una inmensa mata de algodón! Y como respondiendo a nuestro pensamiento una extraña vocesita dice: "Miren la vieja yagruma disfrazada de algodón para que las muchachas bonitas vengan a acariciarle las ramas".

¿Quién es el dueño de esta alegre voz? Tal parece que un chorrito del agua clara saltando sobre una piedra, ha roto de repente a hablar. Es un Caimito que se ríe con la luz mañanera reflejada en el verde brillante de todas sus hojitas.

"Cállate, cotorra de dos caras", le contesta la yagruma molesta. ¿Cotorra de dos caras? Señora, por favor, no me confunda con toda clase de gente. Por una broma que yo uso, ya usted me está ofendiendo. Eso de las dos caras es una mala fama que nos han dado a los caimitos porque a un poeta infeliz se le ocurrió compararnos con una mala mujer. Pero hay mucha gente de dos caras en este mundo. Usted misma yagruma hipocritona, disfrazada de algodón y te estabas quejando porque el polvo que levantó un tractor que pasó por el camino te había ensuciado tus cenizas hojas.

Eso es igual que la fama que le han dado a la lechuza de sabia, por que se pasa el día con los ojos cerrados, como si pensara, y la muy sinvergüenza está durmiendo porque se pasa la noche robándose los pollos. ¡Mentira! grita una lechuza medio ciega por la claridad. "Soy una honrada lechuza que me paso la noche cazando ratones para poder vivir, y ahora la cotorra de dos caras esta, no me deja dormir, me iré de este barrio". "Acábate de largar so sesuda", le grita el caimito. "Cotorra de dos caras", repite desde un mango un extraño perico que ha llegado muy agitado de las lomas de Mayarí. El dice ser un exilado político pero nadie se lo cree. "Cotorra eres tú, so pajarraco de mal agüero, que repites todo lo que oyes sin sentir nada de lo que dices", le grita el caimito en el colmo de la rabia.

La yagruma como señora que no le agradan las chusmerías, permanece callada, y el perico asustado se va hacia un lejano tamarindo.

El caimito furioso mira a todas partes y acierta a ver una lombriz que se le oculta entre las raíces. "Apártate de mi lado, MICATO sucio, porque te aplasto", le dice. "Nombretes conmigo, no señor caimito", le dice la lombriz. "Sí, Micato, así es como le dicen los gallegos a las asquerosas lombrices de tierra como tú". "Nada de asquerosas, engreído, nosotras las lombrices somos una familia muy pobre, pero muy honrada, y si tenemos la desgracia de que un miembro se

haya ido para España, pues allá será un Micato, pero aquí somos lombrices y nada más. En las mejores familias se dan sus escándalos. Fíjese la anguila que vivía en el charco grande, tanta lija que se daba y se ha ido y nadie sabe para dónde ni con quién". Y retorciéndose desde la cabeza hasta la puntica del rabo, la lombriz se aleja hacia una ayua.

El caimito se estremece desde la copa hasta la última de sus raicitas y no encuentra cerca a nadie con quien desahogarse. A lo lejos ve un granadillo que con aire indiferente lo contemplaba y le grita: "Y tú ¿qué te crees? Con tus flores amarillo quemao, que parece adorno de casa rica. Pues con toda tu belleza y toda tu importancia no eres más que una mala yerba, y bien mala. Los machetes de los guajiros no pudieron acabar contigo, pero los tractores de la Reforma te van a arrancar de raíz. Abajo las malas yerbas, los gusanos, las lechuzas sesudas, las yagrumas hipócritas, en este barrio vamos a hacer depuraciones". (Los pericos habladores).

Cuando el camión arrancó, el caimito continuaba hablando, pero ya no le entendíamos lo que decía.

La escuela de Cayo-Rey tiene un letrero que dice: "Se alfabetiza de noche". Una palma hace posta en su entrada. Algunas mañanas las pencas se mueven inquietas. ¿Es que a los niños se les han olvidado las clases? Un coro de gritos y risas aparece por una vuelta del camino. Entonces, la señora palma quiere mostrarse severa, pero la alegría le baila en todas las pencas. A coger temprano el trillo, vagos, que Cuba necesita que todos los niños aprendan.

Pero cuando llega la noche y no aparecen los alumnos es cuando la señora palma se indigna de verdad. "Mire que decir que están cansados, pues a no cansarse, que yo me paso el día abanicando a los niños y si tengo que pasarme la noche, lo hago muy a gusto. Nadie debe cansarse ahora". Sacudida por la ira, una de las yaguas cae al suelo, llega el primer alumno y al verla la recoge y dice: "Es verdad que la yagua que está pa'uno, no hay vaca que se la coma".

Llegamos por fin al corte y la avalancha humana se lanza desafiando sobre el aterrado cañaveral.

"No, así no, primero se pasa la mocha entre las cañas para cortar un poco la paja, cuando la caña da dos trozos es mejor para las mujeres cortarla así por la mitad, luego de otro corte le quitamos el cohollo y tirar el trozo para el bulto. Luego se corta el otro trozo, bien al rente de la tierra. Pa tirarla se palanquea así, de abajo pa arriba, el mismo aire la lleva. Hay que cortar los retoños".

Es Chia, nuestra profesora de corte de caña, cogió el título cuando el marido se le enfermó, la que vive en una casita que el arroyo celoso, le dio permiso para fabricarla. La que lleva todos los días el almuerzo a su marido al corte. La que siembra y recoge maíz, es miliciana y, cuando los hombres fueron a las trincheras, hizo posta. Ya tiene nietos, pero está aprendiendo a leer, porque Fidel quiere que todo el mundo aprenda y "el que te enseña no te engaña".

Es preciso fabricar medallas especiales para condecorar los pechos de estos anónimos héroes y heroínas que forman la entraña viva de la Patria.

De un corte perfecto, partimos por la mitad a una hermosa caña. La mocha se empapa de dulce jugo.

"Das dulzura sin igual
A la mocha que te asesina,
Pobre caña... Si tal
Cumplo con la ley divina
Te devuelvo bien por mal.
(PARODIA)

Viene otra "Profesora de corte de caña" a darnos explicaciones. Es vecina del lugar y se llama Cecilia Zaldívar, ayudada por los hijos, corta un promedio de 420 arrobas al día. Tiene una hija enferma y del corte voluntario de hoy, se le dará una parte para que la pueda curar. "Mañana, mi hija estará en casa del médico", afirma emocionada.

"Orgullosa estoy de ser machetera de la cooperativa", dice. "Antes lo despreciaban a uno, por tener que cortar caña para vivir, y ahora ya ven, todo el mundo la corta, hasta Fidel".

A la hora del almuerzo, nos llegamos a la casa de Eleuterio Cruz, a pedir agua.

¡Qué larga y triste historia, se puede contar con la vida de este campesino! Con esa nobleza característica de los hombres de la tierra, nos invitan al almuerzo. El que aceptamos alegremente, para envidia de nuestros acompañantes. ¿Quién no cambia un pedazo de pan con salchichas por un plato de buena yuca con su correspondiente mojo y detrás el café "acabadito" de colar".

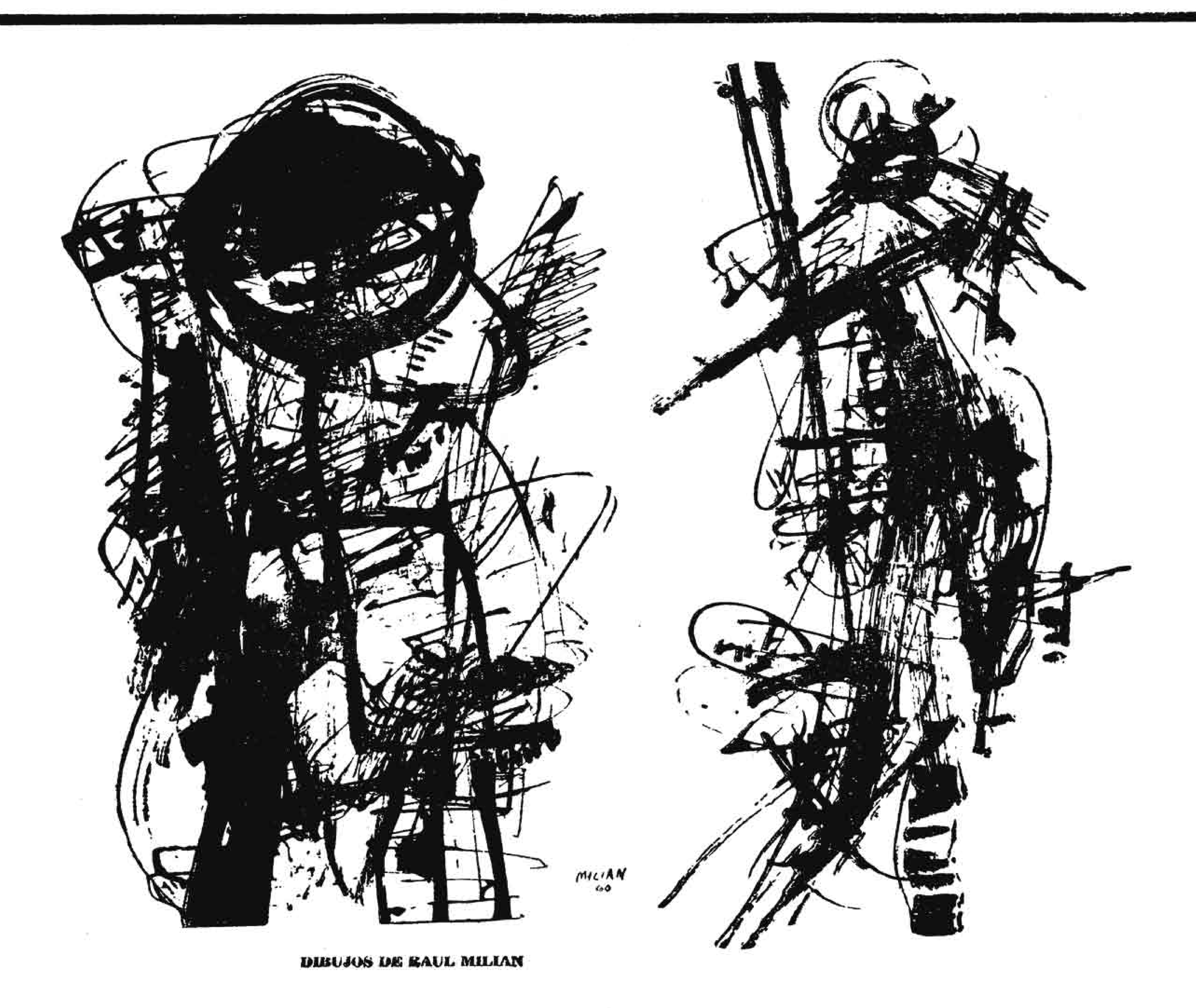
Luego nos reunimos en la casona que fue morada del señor de todas aquellas tierras.

Se quiere ponerle piso de cemento al sótano de la casona para instalar la escuela tan necesaria a los niños del lugar.

"Lo que hace falta es que nos manden la maestra y los pupitres, lo demás lo haremos nosotros", afirman todos.

Se entabla una discusión sobre la forma de emplear el dinero y una vieja se encrespa y dice que lo primero en que hay que pensar es en la escuela. "Yo soy una campesina que sé leer, y enseño todo lo que sé, pero quiero que mis hijos y vecinos puedan aprender mucho más", "LA ESCUELA ES LO PRIMERO", repite. Y al ponerse todos de acuerdo en que la escuela es lo primero, los discutidores se dan un abrazo y los asistentes al acto entonan el Himno Nacional.

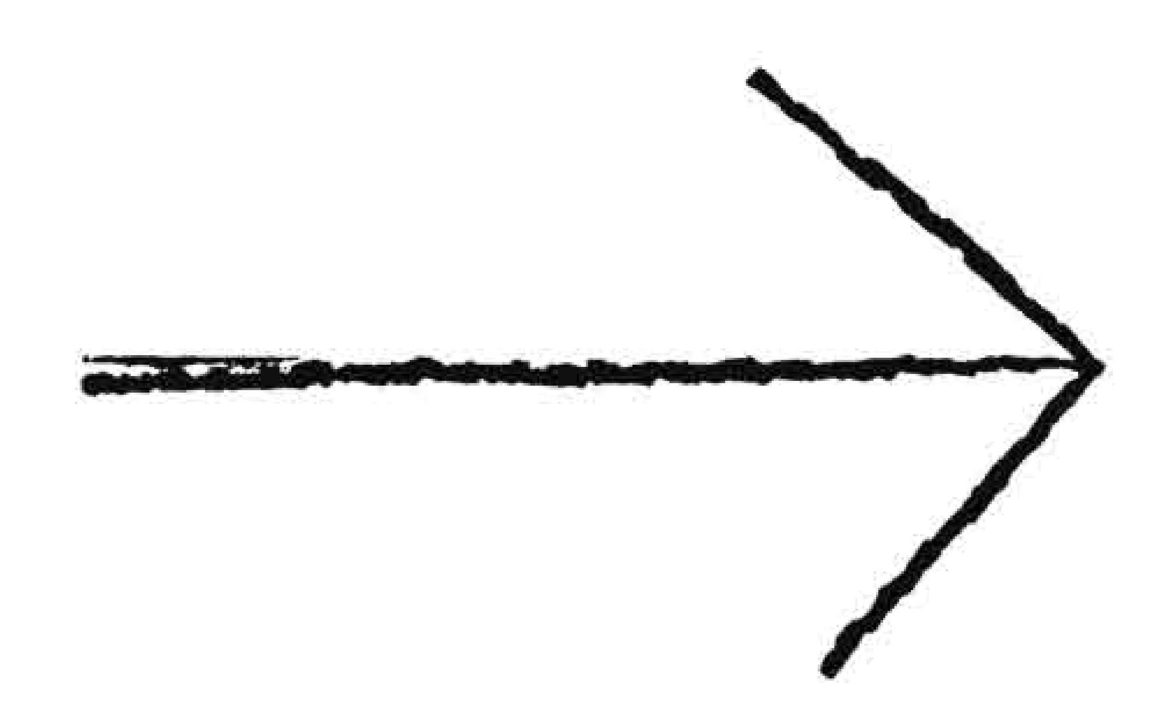
¡Ay Cuba, que feliz me siento de haber nacido en tu suelo y de estar viviendo esta TU HORA!



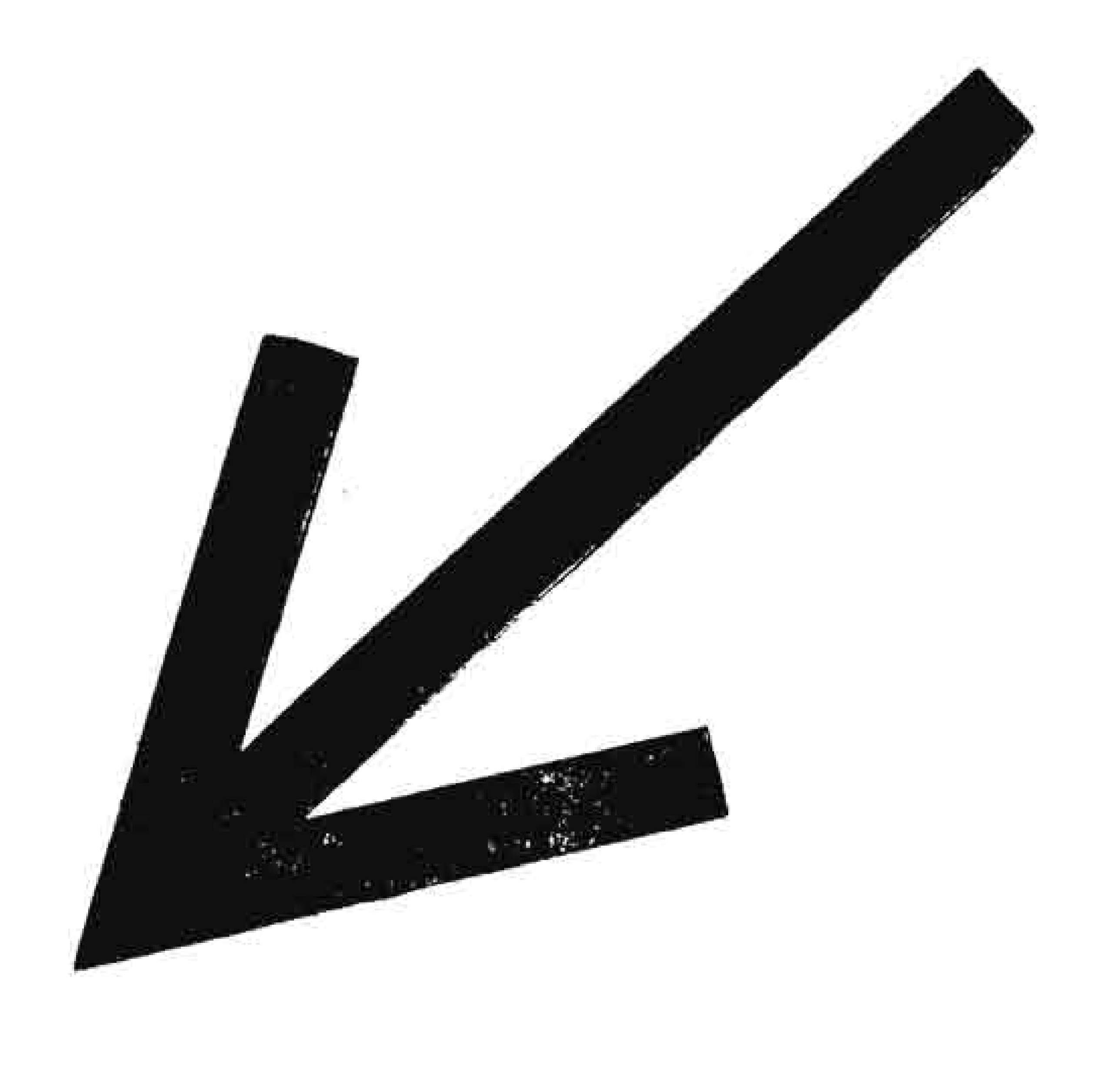
DIBUJOS DE RAUL MILIAN

MILICIANO

Jacobo es un joven guajiro cubano
que planta, siembra y chapea
cultiva los vegetales, desde el básico alimento
hasta la prodigiosa hierba usada en farmacopea.
Jacobo trabaja siempre, y desde su quehacer continuo
fue arrancado de su sitio por orden de su conciencia
y dejar tuvo por su propia voluntad a su prole y su mujer
suspendiendo presto en tanto cotidiano menester.
Fue Jacobo a la milicia
Fue Jacobo a la trinchera,
porque lo llamó Fidel.
Y en mi andar de peregrino
trasegando de por ley
vi las lomas entre tajadas
zanjones hirientes de tierra
de la tierra en nuevo empeño
de amparo sagrado a la sangre, a la vida
y al derecho a sostener la dignidad cubana,
sin miedo al acontecer traidor
de cubanos y de extraños
de cobardes mercenarios indecisos de atacar.
Porque la tierra cavada recibió simiente brava
decidida, bien armada con el fuego de los pueblos
que vigilan cual perennes volcanes en erupción
la sevicia del extraño imperialista ramplón.
Es la tierra de Jacobo que da frutos de metralla
sin dejar la producción, que alimenta que sostiene
la económica existencia, el consumo y la nación.
Gloria al bravo miliciano, allá en su puesto de honor,
gloria a la patria valiente, de pie, firme, en atención
vigilante de la furia fracasada de la anunciada invasión.
Ya espantado el invasor, no te olvides miliciano
que tu atención militar debes luego redoblar
contra el traidor de tierra adentro,
reo contrarrevolucionario,
que esperaba al fracasado, impedido y derrotado
por tu conducta ejemplar.



Del alto distante silencio
salvando la enhiesta dentada cordillera
bajó Fidel
mentón barbudo, potente el brazo,
sellando con su marcha sobre gloriosa escala
medallones indelebles de la Sierra Maestra.
Recibe su pétrea estructura destacada
el homenaje tremante de popular euforia.
Interpreta su pueblo el léxico unísono
mensaje de paz y lucha justiciera,
exponente veraz del fragor
de batallas, a la vez que sensitiva elevación
de alas como blanca ascensión de palomas
en derredor.
Traduce nuevo lenguaje
su revolucionaria voz.
Liquida podridos residuos castrenses.
Anula falsas protestas de fe incondicionales.
Destruye traidores en cierne,
anticomunistas.
Su dialéctica sui géneris conmueve
al cónclave mundial reunido
en la precaria sede neoyorquina,
cerca del negro Harlem,
irredento.
Enciende su doctrina cauterio
que elimina el cáncer imperialista.
Avienta polvos malsanos de viejos coloniajes.
Llama a los pueblos nuevos a la africana lucha.
Sacude la modorra de América Latina
comunicando truenos de la Sierra Maestra.
Espanta al viejo yankee caduco Tío Sam,
en su impotente orgullo de injusto explotador.
¡Fuera las manos de Cuba! que ahora
abraza en dulce afán al mundo socialista,
al defender su tierra y producir su pan.



JORNADA

POR FELIX DE SAN LEON

Algunos travesaños estaban flojos, pensé al comenzar la ascensión de la enmarañada escalera de aquel abandonado templo en las afueras de mi pueblo. (Sólo los domingos había misa, y eso, para cumplir ligeramente con lá conciencia de los campesinos del lugar).

El espiral se alargaba desafiando mi prisa. Yo tampoco quería correr. Sabía que tarde o temprano llegaría a su conclusión definitiva... 15... 16 escalones.

El pensar era fatídico verbo en mi mente. Volvería a pensar... a pensar brutalmente en todo. Aquello, lo mío de este instante sería la solución. Mi pueblo no lo aceptaría, sus gentes tampoco hasta los perros vagabundos y las yerbas en el parque me repudiarían y yo, pensé, soy cobarde, porque como ellos me repudio y me avergüenzo de mi acción.

Daba clases en la única escuela que teníamos...23...24... 25 escalones (Todavía me faltaban muchos más)... Allí había conocido a Mario, un antiguo alumno de la escuela... Mario trabajaba en una fábrica de zapatos para campesinos. Siempre me miraba y yo sorprendía su vista quietamente clavada en mi... Después —y no recuerdo el porqué— nos habíamos hablado, había comenzado una amistad simple.

Yo creo que él me veía como a una diosa, como a santa o algo por el estilo. Le veía humilde mirarme con adoración, ternura, de hacerse perdonar constantemente porque hablaba con él. Lo cierto es que me gustaba conversar con Mario. Me sentía plácida. El tiempo junto a él me era agradable... aunque Mario era negro... 32... 33... 34 interminables escalones.

O de esa raza, porque era lo mismo a la vista de todos. Mario era mestizo. Mulato como decíamos en el pueblo. Así iba pasando el tiempo que todo lo junta, que todo lo encadena sin decirnos el porqué. Así nos íbamos conociendo mejor. Mario me contaba sus luchas interiores, sus ambiciones... y yo... me sentía bien a su lado. 46... 47 rechinantes escalones.

Me aturdo... a mi mente llega una nebulosa, no sé si de celofán o de carne conocida. No recuerdo más. No recuerdo sino que pasó el tiempo, ése de siempre, y yo estaba sola y me lastimaba mi soledad perenne de hombre. No recuerdo sino el no pensar en nada, ni en mi carne blanca contrastando con aquella raza prieta acostada a mi lado en un apartado lugar del pueblo. No recuerdo sino que me abrazaba anhelante ¡pidiéndome perdón por quererme! por besarme, por satisfacerlo. Y él, ¡sí! ahora no puedo negarlo. Eso no podría negarlo nunca, aunque me quemaran las venas y me saltaran los huesos en lastimeros pedazos, me hacía feliz! Mi voz sonaba ajena a mis oídos —Mario, qué estoy haciendo, por qué lo hago. Y lo repetía áridamente hasta hacerme callar a mí misma.

Y después... el pueblo cambió. Digo, ante mis ojos. No miré de frente al de la farmacia, ni al que despachaba los víveres, al recogedor de basuras. Comencé a salir poco. Iba tan sólo a la escuela por cumplir y para vivir. Mario me miraba desde lejos... como podía también mirar a una santa en el atrio del altar... 58... 59... 60 zozobrantes escalones. Un día, de esos cualquiera, de los vulgares, algo en mí se agigantó, algo por nacer... Y la certeza me martilló como gangrena inútil. ¡Iba a tener un hijo de un negro! ...65 ...66... 68 sofocantes escalones. Aquel ser no nacería blanco, nacería mestizo... o negro tal vez. Y un frío nuevo me besó el cuerpo, como un miedo sin clasificación.

Y fuí cobarde, y aún lo soy, porque estoy subiendo esta espiral de escalera.

Mario me habló días después. Lo engarrotaba el pensamiento de su acción. ¡Quiero casarme! dijo, después de haberte hecho mi mujer, sin haber comprendido que yo era negro y no tenía derecho a tocar a una blanca.

Mas me vi en una imagen fatídica. Me presentí maltratada por la gente de mi pueblo que comentaban chisporroteando y se reían a mi paso. ¡La blanca con su marido negro y su hijo mestizo! ¡La blanca con su hijo mestizo y su marido negro! ¡La blanca...! Y sentí miedo, otra vez aquel miedo nuevo, sin clasificación. Y lo sentí muy a lo hondo de todo lo que había oído desde pequeña en mi casa, donde despreciaban a los negros... y aquí estoy ahora, contando estos escalones y recordando el porqué de mi espiral, subiendo rumbo al campanario del abandonado templo en las afueras de mi pueblo. 76... 77...78 ...79.

He llegado al fin de la espiral. Me estremezco al contemplar el grito agudo de luz que penetra. ¡Parece la boca del cielo! recuerdo haber leído. Sé que todo ha terminado... y sé que se oirá un ruido seco en el pavimento del patio al caer mi cuerpo en él.

POR ANGELA SOTO

ILUSTRACION MIGUEL CUTILLAS

